

RUE MORGUE, 13

CURTIS GARLAND

Esta noche volveré a salir a la calle. Volveré a buscarla. Sólo me detendré en alguna taberna, mientras tenga algún franco para gastar en bebida. Y a seguir buscando. Hasta el fin. Hasta mi propio fin.

Pero vale la pena. Sí, vale la pena…

Si todo volviera a suceder. Si se volviese a repetir aquella noche o aquellas mil noches perdidas en el tiempo…

Cuando yo salía de aquella taberna de…, de no sé qué calle ni qué barrio de París, rodeado de unas chicas que reían, colgadas de mis brazos, esperando el fin de la alegre velada con el generoso, joven y atractivo inglés recién llegado a París…

Entonces comenzó todo. La pesadilla, el horror… Y también el rayo de luz que iluminó mi vida, por contraste, en medio de las más terroríficas tinieblas imaginables.

Fue entonces. Aquella noche que no sé cuándo fue. Pero que ya no he podido olvidar jamás…



Curtis Garland

Rué Morgue, 13

Bolsilibros: Selección Terror - 192

ePub r1.0

xico_weno 15.12.14

Título original: *Rué Morgue, 13*
Curtis Garland, 1976

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

Edgar Allan Poe la inventó. Jamás ha existido en París su famosa rué Morgue. Es una calle que nunca existió.

Pero ésa es la historia de Poe. Ésta es «otra» historia, que diría Kipling. Y nuestra rué Morgue es ciertamente otra calle…

Pero valga este pequeño recuerdo al creador de la original y primitiva calle del horror. Por eso repito aquí ese nombre imaginario. No existiría otro mejor para una calle semejante…

El autor

PROLOGO

Siempre la busco…

Siempre. Ayer, hoy… Y seguiré buscándola mañana. Y pasado. Y así día tras día, hasta el último de mi vida.

Es posible que jamás la encuentre. Pero debo seguir buscándola. Como sea. Cada noche. Porque si alguna vez la encuentro, sé que tendrá que ser de noche. No puede ser de otro modo, a fin de cuentas.

Recorro las riberas del Sena cada noche, hasta que despunta el alba, y las aguas del río se tiñen de un azul claro que ahuyenta las sombras. El amanecer me sorprende deambulando por las calles de Montparnasse, o del Latin Quartier. O bien de Passy o de Marais, al otro lado del río… Porque lo curioso, y al mismo tiempo lo terrible, es eso: que ni siquiera sé cuál es el barrio, el distrito, la zona, el sector de París donde pueda estar.

¿Absurdo? Probablemente. ¿Inexplicable? Sí, quizá. Pero así son las cosas. Después de todo, ¿cuándo sabe una persona ebria el lugar exacto dónde está? Y yo…, yo estaba muy ebrio cuando la encontré…

He apurado todos los medios imaginables para dar con ella. Absolutamente todos. Aún a riesgo de que me tomen por loco. Y sé que muchas veces me miraron como a tal, dudando mucho de mis facultades mentales. Desde un gendarme en Saint Germain, hasta la florista aquella de Montparnasse. O el viejo barquero de Quai de Passy. O la encargada del mostrador de información de la Oficina de Turismo, en la Gare
d’Orsay
.

Pero no me importa. Nada ni nadie me importan demasiado. Que piensen lo que quieran. Aún yo mismo, a veces, me pregunto si no estaré realmente loco. Si no fue todo un sueño consecuencia del

alcohol. Una pesadilla, mejor dicho. Una pesadilla donde sólo había una cosa realmente bella y que merecía la pena volver a vivir la pesadilla…

Yo sigo buscando. Sigo recorriendo París, noche tras noche, hasta el agotamiento. Cuando clarea en sus calles cercanas al Sena, el vidrio de algún escaparate me devuelve una penosa imagen de mí mismo.

Ojeroso, pálido, vacilante, con las manos hundidas en los bolsillos, me veo convertido en una triste imagen que apenas si me recuerda mi persona anterior, la que ha sido siempre, antes de que aquello sucediera…

Aterido, febril, tembloroso por el frío, la humedad y la fatiga, soy un auténtico espectro humano, deambulando por una ciudad que despierta a la actividad de cada día, y en la que yo, al llegar, creí encontrar el mayor encanto imaginable del mundo. París, la ciudad luz, la capital de Europa y, quizá, de todo el planeta… París, única e inimitable… Y ahora, era sólo esto: un dédalo de callejuelas o de avenidas, de callejones o de bulevares, a ambos lados de un curso de agua que me obsesiona: el Sena. Porque yo sabía que no estaba lejos del Sena. Que desde allí se podía incluso ver el río y uno de sus puentes, no sé cuál… ni quizá nunca lo sepa.

Vuelvo a mi alojamiento. Que ya no es un hotel confortable, en los Champs Elysées. Ni una pensión distinguida y limpia de la Rué de Rivoli o la otra, algo menos distinguida y bastante menos limpia, del Boulevard de Saint Germain. No. Ya ni siquiera eso. Tuve que decir adiós a *madame* Savigny el otro día. ¿Fue la semana anterior? No sé, a veces ni siquiera recuerdo fechas, no sé si han pasado cuatro días o un mes, una semana o medio año.

Bueno, mejor será decir que quien dijo «adiós», y con cajas destempladas, fue ella. Debería estarle agradecido a la buena de *madame* Savigny. Y a su esposo, que nunca decía nada, que nunca se metía en nada, hundida su cabeza tras las páginas de Le Fígaro, mientras su mujer me recordaba frecuentemente a cuánto ascendía mi deuda con ella. Yo siempre le decía igual. Le pedía tiempo. Un poco más de tiempo. Hasta que ya no pudo más y me puso las cosas en la puerta. Aún debía estarle agradecido por no haber llamado a la gendarmería para reclamarme judicialmente la deuda.

No, ella no tenía la culpa. Ni ella, ni nadie. Sólo yo. Yo mismo.

Y la calle.

La calle que busco. Esa maldita calle que nunca encuentro, que no sé dónde está. Que no conoce nadie, que nunca nadie oyó mencionar, salvo en una novela de un autor americano, escrita bastantes años atrás. Y al parecer, había sido sólo invención suya. Quizá por eso me miraban y me compadecían. Aquel escritor americano no parecía tener precisamente fama de hombre equilibrado. Yo, evidentemente, tampoco. Aunque no fuese americano, sino inglés.

Esa calle no aparece por ninguna parte. No consta en ninguna guía de París. En ningún plano urbano. En ninguna oficina de información. Ni en el Ayuntamiento. Ni en las listas callejeras. No existe. Y parece que nunca existió.

Se llama rué Morgue. Calle Morgue. Sabía que me sonaba de algo en principio. Pero no me acordé del escritor norteamericano que ideara un nombre así alguna vez. Entonces creo que no pensaba en nada que no fuese lo que veía en la rué Morgue. Como si algo hubiera nublado mi mente, permitiéndome vivir una existencia paralela pero ajena a la mía propia. Como si el Peter Munro que vivió en la rué Morgue, fuera otro Peter Munro y no yo mismo.

Ahora, todo eso pasó. Pero ya nunca más he sido el Peter Munro que llegó a París en los otoñales días del año 1892. Ni París ha sido él mismo para mí, lo confieso.

Todo el mundo habla de la maravillosa primavera parisiense. Quizá tengan razón. Pero yo no conozco esa primavera y sí su dorado otoño, húmedo y nuboso, salpicado a veces con días de tibio sol. Y debo confesar que me entusiasmó el París otoñal. Al menos, al principio de mi llegada…

Luego, todo cambió aquella noche. El Moulin Rouge, el Lido, las tabernas con su ajenjo y su absenta… y las chicas alegres de Montmartre y del Barrio Latino. Fue el inicio de la noche más increíble de mi vida. Y la más larga… ¿O fueron muchas noches? No sé. Nunca me paré a pensarlo. Nunca he contado días, fechas ni semanas desde entonces. No podría decirlo ahora. Ya es demasiado tarde para volver la vista atrás y comenzar la cuenta…

Vuelvo, como cada mañana, a mi actual alojamiento. A ese miserable cuarto alquilado, en una vieja casa del Latin Quartier, no muy lejos de la Gare de Austerlitz… Es mi último refugio, lo

presiento. O el penúltimo, para ser exactos.

El último, será una tumba cualquiera en el cementerio de Montparnasse. Y no me importa demasiado. Quizá la rué Morgue, la verdadera rué Morgue que yo busco… no esté en este mundo. No sea de este París que yo recorro noche tras noche, hasta que la luz del día, como si fuese un vampiro, me devuelve a mi chirriante cama de duro jergón, en el cuarto angosto, frío y sin luz, con sus polvorientas vidrieras de la claraboya, asomadas a una plazuela llena de tenderetes que venden pescado maloliente, frutas o verduras. Dicen que es un cuarto ideal para un pintor. Al infierno con eso. Es el cuarto ideal para un tipo que bebe demasiada absenta y duerme de día, para vagar estúpidamente de noche, junto a las oscuras aguas del Sena, arriba y abajo, incansable e inútilmente…

Sí. Es posible que en la muerte encuentre la calle Morgue. Y el número trece. Y a ella. A Suzanne Du Marier.

En las sombras eternas, puede que las encuentre. La calle, la casa, ella… Y todo el horror que hay detrás. Pero no me importa eso. No temo a nada, si Suzanne está junto a mí, si veo en las sombras su piel pálida, sus oscuros ojos asustados, su pelo negro, como hebras de azabache hilado…

Por eso no me imparta morir. En realidad, andar por ahí de este modo es como ir muriendo un poco. Un poco más cada día…

Dios mío, ¿dónde, dónde estáis? A veces…, a veces juraría que he llegado a estar en el inicio mismo de la calle. Que he vislumbrado sus edificios viejos, sus tejados empinados, sus buhardillas…

Y, de repente, he visto otro nombre en la esquina: rué X, rué Y, rué Z… Todo, menos rué Morgue. Y desalentado pero incansable sigo la búsqueda…

Sigo…, ¿hasta cuándo? ¿Encontraré alguna vez esa calle de la que, ya tantas veces, he oído decir a muchos parisienses buenos conocedores de su ciudad natal?

—Lo siento mucho, *monsieur*, pero esa calle…, esa calle que usted busca, no existe en París…

Y guías, planos, informes, les dan la razón a ellos. La calle no existe. No existió jamás.

Sólo yo… Yo, Peter Munro, sé que existe en alguna parte de esta ciudad.

Pero ¿dónde? ¿Dónde?

Esta noche volveré a salir a la calle. Volveré a buscarla. Sólo me detendré en alguna taberna, mientras tenga algún franco para gastar en bebida. Y a seguir buscando. Hasta el fin. Hasta mi propio fin.

Pero vale la pena. Sí, vale la pena…

Si todo volviera a suceder. Si se volviese a repetir aquella noche o aquellas mil noches perdidas en el tiempo…

Cuando yo salía de aquella taberna de…, de no sé qué calle ni qué barrio de París, rodeado de unas chicas que reían, colgadas de mis brazos, esperando el fin de la alegre velada con el generoso, joven y atractivo inglés recién llegado a París…

Entonces comenzó todo. La pesadilla, el horror… Y también el rayo de luz que iluminó mi vida, por contraste, en medio de las más terroríficas tinieblas imaginables.

Fue entonces. Aquella noche que no sé cuándo fue. Pero que ya no he podido olvidar jamás…

PRIMERA PARTE

LA CALLE QUE NO EXISTIÓ

CAPITULO PRIMERO

No me acuerdo cómo se llamaba la taberna. Quizá nunca me acordaré de su nombre.

Pero sí recuerdo cómo se llamaban ellas. Yvette y Denise. Supongo que eso no significa mucho. Habrá muchas Yvette y Denise en París. Especialmente, entre las chicas de la noche.

Eso importa poco. Lo cierto es que ellas iban colgadas de mis brazos. Yvette, a mi derecha. Denise, a mi izquierda. Yvette era rubia. Denise, morena. Sólo recuerdo eso de ellas. Eso, y sus escotes. Profundos, agresivos. Pechos grandes y morenos los de Denise. Senos pequeños pero firmes los de Yvette. Ambas reían. Supongo que siempre reían, sobre todo cuando llevaban unas cuantas copas encima. Y esta noche llevaban algunas más todavía.

Sí. Reían alegremente. Yo también. Iban a ser una buena compañía para una noche alegre en París. Tuvieron razón los que me hablaron de eso. ¡Ah, París y sus felices noches…! ¡Oh, la, la…!

—Eres un…, un encanto, cariño —dijo Yvette, con un leve hipo entre sus palabras melosas, apoyándose en mi brazo, para mirarme con unos ojos azules, muy grandes y expresivos—. ¡Me siento feliz a tu lado!

—Un inglés encantador, maravilloso… ¡y tan guapo, tan arrogante! —Elogió Denise, aplastándome virtualmente con sus enormes senos oprimiendo mi torso, besuqueando mi mejilla, mi boca—. Será una noche inolvidable, mi amor… ¡París te recibirá en sus brazos amorosos, y espero que esos brazos de París sean los míos, mi querido Peter…!

Debía estar ebria, pero era efusiva y su cuerpo resultaba cálido y opulento, una auténtica tentación, sobre todo para un inglés ávido de conocer los…, los «encantos» de las noches parisienses. La abracé, olvidando un poco a Yvette. Esto disgustó a la rubia ninfa, que me abofeteó suavemente, con enfado, mientras taconeaba con

disgusto en el mojado empedrado de la calleja de aquel barrio cercano al Sena, que yo había olvidado totalmente cuál era…, si es que alguna vez supe en realidad su nombre y emplazamiento.

—¡Vamos, Denise, juguemos al escondite con el guapo Peter! —gritó, soltándose de pronto de mi brazo—. ¡Seguro que no nos encuentra!

Y echó a correr, riendo, mientras Denise, tras una breve duda, terminaba por seguir su ejemplo y soltarse de mí, uniéndose a su carrera, no sin antes darme tal empellón con sus fuertes brazos, que me lanzó casi contra una cercana vidriera en sombras, de una pequeña tienda, que no destrocé con mi cuerpo de puro milagro.

Me incorporé, maldiciendo a ambas. Y maldiciendo también el exceso de absenta que contenía mi cuerpo en esos momentos y nublaba mi mente.

—¡Eh, volved! —grité, apoyándome en una pared de vieja piedra húmeda—. ¡Volved, por todos los diablos! ¡No conozco estas callejuelas, y la cabeza me da vueltas! ¡Vamos, no hagáis tonterías!

Pero ellas habían desaparecido. Creí oír sus risas a mi derecha, en un angosto callejón bastante oscuro, a cuyo final brillaban unos faroles de gas débilmente. Me metí por esa vía, pisé algunas basuras y no sé si un pequeño gato o una gran rata escapó entre mis pies, rozándome con su piel velluda.

Llegué al final de la callejuela. Me detuve bajo los faroles, escudriñando la distancia. Estaba en una plazoleta alargada, a la que confluían hasta cinco calles, todas ellas estrechas y oscuras. Aparte del alumbrado callejero, no se veía una sola luz tras los cerrados postigos de las edificaciones. Ni un comercio, ni una taberna o local nocturno abierto.

Miré a mi alrededor. Estaba solo en el lugar. Mi sombra, proyectada sobre el mojado empedrado, parecía un gigantesco murciélago, cuyas alas eran los pliegues de mi macferlán, amplio y sin abotonar.

Sacudí la cabeza, malhumorado. Llamé a voces:

—¡Yvette! ¡Denise! ¡Maldita sea, volved aquí de una vez! ¡No tengo más ganas de jugar al escondite!

Los muros en sombras devolvieron el eco de mis voces. Ni siquiera percibí ahora sus risas. No escuché voz alguna. Busqué la misma callejuela por la que había llegado. Era difícil localizarla.

Había dado unas vueltas por la plazuela, y ahora todas las calles se confundían. Me parecían demasiado iguales.

Maldiciendo entre dientes a las dos muchachas de la noche parisiense, que en su estúpido juego me habían dejado solo en un barrio que me era totalmente desconocido, me metí por la calle que imaginé debía ser la que recorriera antes.

Cuando estaba a mitad de camino, comprendí que estaba equivocado. Ésta era demasiado larga para ser la misma. Y hacía dos recodosˆ que la anterior no tenía. Eso • significaba que era otra calle. Pensé en regresar, en escoger otra de las callejuelas.

Pero ya tanto daba. Dicen que por todas partes se va a Roma. Yo no creía en eso, pero a alguna parte llegaría. Y no faltaría en cualquier esquina del viejo París alguna dama de vida alegre que se prestara de buen grado a acompañar a un joven inglés por el resto de la noche. Especialmente, un joven inglés capaz de pagarle sus horas generosamente…

Al doblar el último recodo, me encontré con unas escaleras descendentes, que formaban el último tramo de la calle. La humedad allí era muy intensa. Vi el río, oscuro y sucio, serpenteando por entre la ciudad, reflejando luces azuladas aquí y allá, sobre su negra superficie.

Me detuve ante un callejón lateral, a mi izquierda, que corría paralelo al río. Observé una distante luz. Una farola. Y también un rectángulo amarillento, proyectando claridad sobre la acera mojada.

«Tal vez sea una taberna…», pensé con alivio. Ahora, pese a haber bebido demasiado, hubiera dado algo por otro trago de absenta, rodeado de gente bulliciosa, fuera de aquella sombría soledad de los callejones ribereños.

Emprendí ese camino, resueltamente. No sabía dónde estaba, ni qué calles recorría. Era igual. Cuando pensara en regresar al hotel, bastaría tomar un carruaje y darle la dirección, para volver de nuevo a lo que me era conocido. Al París bien alumbrado, céntrico y elegante.

No sé si recorrí cien yardas o trescientas. Mi modo de andar era tambaleante, inseguro y torpe. Pero lo cierto es que recorrí la distancia que me separaba de aquel rectángulo de luz amarillenta.

Cuando estuve cerca, la vi a ella.

Por un momento, pensé que había tenido un éxito parcial. Que

Yvette o Denise había aparecido al fin ante mí, dando el juego por terminado.

Pero no. No era ninguna de ellas. Aquella dama era más alta. Y estaba sola. Además, lucía una capa roja sobre sus hombros. Una larga, amplia caja roja de terciopelo, que envolvía sin duda un cuerpo esbelto y arrogante.

Vi su cabello oscuro, bajo una especie de gorro también rojo oscuro, de igual tejido. Ella, de pronto, giró su cabeza al oír mis pisadas. Me contempló un instante. Durante ese breve espacio de tiempo, descubrí un rostro hermoso e inquietante, de profundos ojos oscuros, de boca carnosa y tez pálida, suave y delicada.

Nuestras miradas se cruzaron apenas una décima de segundo. Luego, ella empezó a alejarse, volviendo a darme la espalda. Su cabello negro golpeaba suavemente los bordes de su roja capa.

—¡Eh, usted, espere! —llamé con repentino interés—. ¡No se marche!

No me hizo caso. Estaba marchándose ya. El taconeo de sus botas negras, charoladas, se alejaba sobre el empedrado. Insistí, dando unos pasos tras ella:

—¡No, por favor! ¡No me deje solo! ¡Necesito ver a alguien, hablar con alguien! Creo…, creo que me he extraviado… *Mademoiselle*, s’il vous plait… —recurrí incluso a mi limitado francés, con igual resultado negativo.

Ella no me escuchaba. Y si lo hacía, no me prestaba el menor caso. Su paso se aceleró al escuchar mis pisadas tras ella. Como si huyera de mí.

—Se lo ruego, *mademoiselle*… —insistí, apresurando también mi paso—. Sólo un momento…

Volvió a girar la cabeza. Me miró extrañamente. Parecía asustada. Y, de repente, gimió:

—Por favor, no… No… ¡Márchese!

Y echó a correr.

Era un comportamiento absurdo. Yo no podía entenderlo. Cierto que pude haberla dejado, olvidarme de ella definitivamente. Su inglés había sido correcto, suave, con dulce entonación francesa. Hubo algo en ella que me decidió. No sé si fue su voz, su gesto

patético, o su hermosura, su elegancia, algo indefinible que brotaba de aquella figura de mujer.

Pero lo cierto es que eché a correr tras de ella, sin dudarlo apenas. La perseguí, sin saber a ciencia cierta por qué. Algo movía mi voluntad. La misma misteriosa fuerza que sin duda formaba la energía motriz de mis piernas, de mis impulsos físicos.

Ella aceleraba su carrera. Era ágil, se movía con facilidad, pese al peso de su amplia caja roja, flotante ahora en torno a ella. Estaba a punto de alcanzarla cuando se me cruzó el maldito gato negro.

Le pisé, sin querer. Él maulló, soltando un bufido rabioso. Vi sus centelleantes ojos, entre verdes y amarillos, erizados sus bigotes, mostrándome sus pequeños colmillos. El pisotón me desequilibró. Casi me caí. El alcohol influía también en ello, estoy seguro.

Pude evitar la caída. Me aferré a la pared. Pero ella ganó terreno. La perdí, tras el saliente de aquel escaparate iluminado que me había atraído allí, pensando en la posibilidad de la existencia de una taberna.

Me erguí, caminé hacia la luz rectangular, que derramaba su claridad sobre la acera y la calzada empedrada. La luz rae permitió descubrir ahora, al levantar la cabeza el rotulo de la calle, en una placa de viejo metal abollado, sucio y con salpicaduras de óxido en los desconchados de su superficie esmaltada.

Era un nombre peculiar Un nombre corto y raro:

RUE MORGUE

Me recordó Vagamente algo, pero no sabía qué. Era la dama la que me preocupaba. Seguía tras ella. Me detuve, sin embargo ante el escaparate iluminado. Miré estupefacto hacia él. Sentí un escalofrío mientras escuchaba en algún punto de la oscura calle el maullido repetido del gato negro, tal vez dolorido aún por mi involuntario pisotón.

¡Una taberna! Ésa había sido mi idea previa. Nada más lejos de la realidad, maldita sea. Aquello distaba mucho de ser un lugar divertido.

Vi un nombre en letras doradas, sobre el vidrio. Y debajo la clase de negocio que era aquello, aunque no me hubieran hecho falta rótulos para ponerlo en claro:

MONSIEUR MARCEL DANVIERS

ENTREPRISE DES POMPES FUNEBRES

Una funeraria. Pompas fúnebres. Ataúdes, crespones negros, ornamentos…

Vi los féretros alineados sobre paños color violeta oscuro, velones en candelabros de viejo metal bronceado… Un negocio estremecedor. Y era la única luz visible en la calle, con la excepción de los faroles de gas del alumbrado público. El único negocio que me era dado ver…

Pasé por su saliente mirador-escaparate. Ya no vi el menor rastro de ella. La dama de la capa roja había desaparecido.

Miré la calle, a todo lo largo de la misma. No era muy prolongada. Todos los edificios estaban a oscuras. Creí vislumbrar, allá al fondo, las luces de la ribera urbana, reflejándose en el oscuro Sena, pero no estuve seguro de ello. Había una leve bruma allí, motivada por la húmeda vecindad del río.

Eché una ojeada a los edificios vecinos a la funeraria En alguno de ellos tenía que haberse metido, en buena lógica, la dama de la capa roja. Miré las puertas cerradas en sombras. Levanté la cabeza. Fachadas oscuras, ventanas cerradas, postigos ajustados. Ni una luz en ninguna parte. Como si toda la calle estuviera deshabitada. O dormida. Dada la hora de la madrugada, no podía resultar extraño. Al menos debían ser las dos de la mañana.

La puerta más próxima al negocio de pompas fúnebres de *monsieur* Danviers, era precisamente la más cabalística, la que los supersticiosos evitarían con aprensión. Él número 13.

Recordé al gato negro. Los féretros de la funeraria. Y ahora, el número 13…

Por fortuna, yo no era supersticioso en absoluto. Tal vez de serlo, todo hubiera sido distinto, yo hubiera echado a correr, huyendo de allí como alma perseguida por el diablo. Y nada de cuanto sucedió luego hubiera llegado a suceder jamás.

Pero creo que los hombres tenemos un destino. Y el mío se acababa de sellar, sin yo saberlo, justo cuando Yvette y Denise decidieron tontamente jugar al escondite. Cuando yo me equivoqué de calle al seguirlas. Cuando leí el nombre de aquella calle, y pisé al gato negro… y pese a todo seguí adelante.

Seguía buscando a la dama de la capa roja. Me acerqué al número 13. Tenía unos bajos a los que se descendía por una angosta escalerilla en la acera. Bajé esos escalones. Miré el escaparate en sombras que apareció ante mí, junto a una pequeña puerta vidriera, cerrada y con polvo en sus cristales.

Era una tienda de compra-venta. Vi ropas, muebles viejos, objetos diversos, desde un violín hasta una muñeca de porcelana, pasando por unos prismáticos y chucherías de bisutería barata o pequeñas figurillas de marfil, rotas o incompletas.

Traté de ver algo a través del polvoriento vidrio del escaparate. No descubrí luz alguna. La tienda toda estaba en sombras. Tampoco parecía haber nadie, en buena lógica, dada la hora.

Regresé a la acera, pensativo. Era curioso, pero los vapores del alcohol parecían haberse eclipsado en gran parte de mi cerebro. Veía las cosas más claras. Estaba preguntándome por qué escapó de mí la dama de la capa roja. Y por qué yo insistía en seguirla. Era hermosa, ciertamente. Pero eso no bastaba para justificar mi comportamiento. Mi modo de obrar tenía mucho de absurdo. Y aun así, continué por el mismo camino.

Volví a detenerme ante la puerta cerrada del número 13. Me apoyé en ella, reflexivo.

¿Cerrada? No, no lo estaba. Cedió levemente a mi impulso involuntario, con un chirrido de viejas bisagras oxidadas. Dudé. Una especie de vaho húmedo llego del interior. Las casas antiguas, cercanas a un río acostumbran a oler así. La oscuridad dentro era profunda, densísima, inquietante incluso.

No sé por qué volví a levantar la cabeza y miré la fachada en sombras. Esta vez, había luz en alguna parte En la primera planta, exactamente. Luz tras las rendijas de un postigo de balcón mal ajustado. Una luz que antes no estaba, hubiera podido jurarlo.

Me incliné sobre una placa de latón, aplicada sobre un lateral de la puerta de entrada. No veía nada. Encendí un fósforo. La leve claridad me mostró el rótulo allí grabado. Se refería, precisamente, al piso de la luz encendida:

MADAME RENAUD. CHAMBRES.

PENSION.

PREMIER ETAGE

Una pensión en el primer piso. La pensión de tal *madame* Renaud…

Dudé. Creo que fue una duda corta pero intensa. Algo dijo interiormente que allí me iba a jugar muchas cosas. Que quizá de una decisión dependía mi vida… o mi muerte. Creo que por unos fugaces instantes tuve exacta conciencia de lo trascendental que podía ser para mí y para mi futuro aquella decisión a tomar.

Lo cierto es que la tomé. No sabía, ni podía saber entonces, si era un gran acierto o un terrible error. No podía prever el futuro. Ni tan siquiera lo que me aguardaba tras de aquella puerta, en aquella casa desconocida que yo veía por primera vez.

Entré, sin embargo. Empujé un poco más la chirriante puerta, y pisé el umbral. Más allá del portalón, todo eran sombras. Profundas, inescrutables sombras, en un zaguán que debía de ser amplio, de alto techo, destartalado y viejo. Olía a húmedo y a frío. Borrosamente, allá al fondo, a causa del reflejo de alguna luz que no atiné a identificar, que lo mismo podía provenir de un piso iluminado que de alguna claridad procedente de una alta claraboya en lo más elevado de las escaleras, descubrí los escalones que subían hacia las plantas del edificio.

Respiré con fuerza. Ya estaba en el número trece de la rué Morgue. Era como haber cruzado una frontera invisible entre lo conocido y lo desconocido. Entre una parte de mi vida que quedaba atrás, y otra que se presentaba ante mí tan oscura y llena de sombras como aquel zaguán inhóspito.

El frío y la humedad parecían tentáculos delgados y sutiles que me aferraran malignamente, contagiándome su helada viscosidad. Noté un escalofrío cuando eché a andar hacia aquella escalera sumida en grandes zonas de sombra y breves ráfagas de penumbra. Mis pisadas sonaron huecas en el pavimento del zaguán. Su eco pareció repetirlo la bóveda de la sombría escalera.

Miré hacia arriba. La escalera se perdía en la oscuridad, como si no tuviera fin. Pero lo tenía. La lechosa claridad de unos sucios cristales, en la alta techumbre, me demostraron que existía una claraboya sobre el hueco. Por allí entraba la débil luz de la noche parisiense. Una claridad hecha de estrellas entre nubes, de lejanos reflejos de otras viviendas, acaso de las luces que formaban

guirnaldas de destellos a ambos lados del oscuro Sena.

Empecé a subir los escalones, uno a uno. Sin prisas. Eran de vieja madera gastada. Los oí crujir bajo mis pies, lastimeramente. Recordaban el desagradable chasquido de la tapa de un ataúd al abrirse. No sé por qué pensé en eso, pero lo cierto es que lo hice. Quizá era el cercano recuerdo del negocio de *monsieur* Danviers allá en la calle, junto a la casa número 13…

Llegué a la primera planta. El rellano era alargado y angosto. Tenía sólo dos puertas. Una aparecía sin rotulo alguno, y no dejaba escapar ni una rendija de luz. La otra, mostraba claridad por el resquicio inferior de la puerta, a ras del suelo. Esa luz permitía descubrir el descuido general de la vivienda. El rellano de la escalera estaba cubierto por una película de polvo.

Se repetía la placa, esta vez de metal esmaltado desconchado en algunos puntos:

MADAME RENAUD.

PENSION.

A las dos de la madrugada, no era precisamente adecuado andar buscando alojamiento en ninguna pensión, por liberales que fuesen en sus costumbres. Sin embargo, ya había llegado hasta allí. Lo bastante lejos para no retroceder y regresar a la calle tal como había venido.

Todo era estúpido, lo sé. ¿Qué buscaba, qué perseguía? Una sombra apenas. Una bella desconocida vestida con una capa roja. Una mujer de oscuros cabellos de profundos ojos negrísimos, de pálida tez y belleza poco común, en la noche de París. Una mujer que huía de mí y me suplicaba que no la siguiera. Un disparate más, en mi primera noche en la capital francesa, después de haber bebido demasiado y haber perdido a mis dos compañeras nocturnas en un tonto juego del escondite ¿Dónde andarían ahora Yvette y Denise, buscándome?

Al diablo con ellas, pensé. Había cientos, miles como ellas. Siempre podría encontrar en cualquier sitio una Yvette y una Denise, estaba seguro de ello. En cambio, una mujer como la de la capa roja…

Era diferente. Diferente a todas las que había visto, en Inglaterra

o en Francia. Una mujer que tenía un especial magnetismo, que me atraía a la loca aventura en unos sitios que me eran desconocidos.

Sí. Era un disparate. Pero lo seguí adelante. Con todas sus consecuencias. Y entonces, yo no podía saber qué espantosas consecuencias tendría todo aquello para mí y para otras personas a quienes iba a mezclar en mi destino increíblemente.

Empujé la puerta. No sé porque, estaba seguro de que no era preciso llamar. Y no era preciso. La hoja de recia madera cedió suavemente. Ésta, sin chirridos. Tenía sus goznes bien engrasados.

Parpadeé. La luz brillaba en el vestíbulo de aquel piso. Era un recibidor amplio, con un fondo de cortinajes granate oscuro, algo deslucidos. El suelo embaldosado, mostraba también huellas de polvo. Un pequeño mostrador de recepción unos casilleros con llaves, aparecían frente a mí. Como si fuesen las siete de la tarde, pongamos por caso, una mujer atendía el mostrador. Igual que si esperasen clientes en plena madrugada.

—Bon soir, *monsieur* —me saludó, afablemente—. ¿Voulez vous une chambre?

Mi francés era pobre, pero entendí sobradamente. Asentí, absurdamente.

—Oui, *madame* —dije—. Una chambre pour moi,
s'il
vous plait.

Asintió tendiéndome con un suspiro un libro de registro de hojas amarillentas y arrugadas. Tomé una pluma, cuando me dijo con tono cansado:

—Signez votre nom ici, *monsieur*.

Lo hice. Firmé, puse nombre y apellido, y lugar de origen. E1la lo leyó curiosamente, y enarcó las cejas, mirándome sorprendida. Era una vieja dama de rugoso rostro, canosos cabellos mal peinados y un grotesco vestido de satén azul desvaído sobre su cuerpo pequeño y algo deforme.

—Oh, si es usted inglés, caballero… —dijo con un lenguaje británico bastante aceptable—. Disculpe. No acostumbramos a tener clientes ingleses en esta pensión.

—Lo supongo. Y menos, a estas horas de la noche…

—Oh, la, la, ¡la noche! —Hizo un gesto vago de indiferencia—. Eso importa poco. Toda hora es buena para recibir un huésped. Es

mi negocio, *monsieur*. La habitación se paga por adelantado, claro. Son cinco francos, *monsieur*…

Puse un billete de diez en el mostrador, e hice gesto de que se quedara con todo. Más obsequiosa la señora tomó una llave del casillero.

—Tiene la habitación número 18, *monsieur* —dijo, entregándomela—. Deberá perdonar si ve algún descuido en la casa. Admito que hay algo de polvo, que no han limpiado bien. El servicio está imposible. He despedido ya a varias criadas… Por ahí, s'il
vous plait…

Me mostró un pasillo situado tras el cortinaje granate. Vi varias puertas a ambos lados. Todo mostraba igual aspecto de suciedad y abandono. Dudé, disgustado con el feo aspecto del negocio. Después de todo, ¿qué hacía yo allí? Sin mi equipaje, disponiendo ya de un alojamiento confortable y pulcro en un hotel de París… y me metía allí dentro ahora. Tal vez ni siquiera tenía esto nada que ver con la dama de la capa roja…

Pronto supe que no era así. A la entrada del corredor, había un perchero con algunos abrigos, capas y macferlanes. Entre las prendas, vi una larga capa roja de terciopelo. Y la reconocí inmediatamente.

—Bien, gracias, *madame* —dije a la hostelera tomando mi llave —. No tiene que acompañarme. Yo encontraré la puerta… Ah, por cierto, juraría que conozco a una dama que lleva capa roja, como esa que está ahí colgada… Claro que puede ser una coincidencia…

—Seguro que es una coincidencia —rió la mujer del pelo canoso, mirándome burlona—. No puede usted conocer a *madame* Du Marier. Ella casi nunca sale de aquí. Tiene que asistir día y noche a su esposo enfermo, la pauvre jeune filie.

—¿Enfermo? —pregunté, ceñudo.

—Oh, sí, muy enfermo… Ellos ocupan precisamente la habitación vecina a la suya, la que usted tiene enfrente… Precisamente la número 17, *monsieur*…, *monsieur* Munro…

CAPITULO II

La habitación número 17.

Precisamente ésa: frente a mi puerta. Tal vez todas las demás estaban ocupadas. Quizá sólo había alquilado dos habitaciones en el primer piso: la mía y la de ellos. No sabía qué pensar de aquella casualidad.

Cuando cerré la puerta de mi propia habitación, tras echar una larga ojeada a la número 17, en cuya rendija inferior se veía luz rosada asomando, me apoyé en la pared de un cuarto destartalado, cuyo empapelado descolorido se desprendía en algunos puntos, a causa de la humedad y del abandono, y me dije que todo aquello era una cadena de puros disparates.

¿Adónde iba a parar con todo esto? ¿Qué beneficio sacaba yo con meterme en aquella vieja, sucia y destartalada pensión? ¿Por qué seguir adelante con semejante ridícula aventura?

Ahora sabía que no tuve ninguna alucinación. La mujer de la capa roja existía. Se alojaba allí, en aquella lóbrega pensión. Con su esposo, un hombre enfermo día y noche, al que ella atendía y velaba constantemente.

¿Qué hacía, entonces, en la calle, cuando yo la encontré? ¿Venía de comprar algún medicamento para su esposo? ¿Había salido unos instantes, aprovechando el sueño del enfermo, para respirar un poco de aire fuera de aquel recinto?

Me dejé caer sentado en el borde de la gran cama de armazón metálica, con bolas de latón y una altísima cabecera de barrotes. Chirrió el somier endiabladamente cuando lo hice.

Mire a mi alrededor. A las paredes de empapelado desvaído y roto, colgando en algunos puntos, y mostrando debajo un estuco algo verdoso por la humedad. Los muebles eran grandes, pesados y enormes como enormes monstruos petrificados, que se adosaran a los muros, contemplándome sin ojos. Un espejo con el cristal

azogado haciendo aguas reflejó una deforme imagen de mí mismo. Debajo, una palangana de porcelana desconchada y una jofaina con agua para lavarse, aparecían junto a un trozo de jabón barato y una toalla deshilachada y mal lavada.

No era un espectáculo confortante. Sentí deseos de salir huyendo de allí, para no volver nunca más. ¡Oh, Dios, si lo hubiera hecho…! Si me hubiese dejado guiar por esa tentación súbita… otro muy diferente sería mi actual destino, estoy seguro.

Pero no lo hice. Dominé ese impulso, y me quedé, Fue un error. Un terrible error cuyas consecuencias iba a pagar muy pronto. Pero yo no lo podía saber entonces. Aunque, incluso ahora, me pregunto si realmente hubiera obrado de modo distinto de saber lo que me esperaba. ¿Lo hubiera hecho?

Me temo que sí. Había visto un rostro de mujer, y me había sentido apresado por su encanto, por su poder de seducción, por algo que yo mismo no podía entender. Aquella dama de la capa roja, *madame* Du Marier, según me dijera la hostelera de los cabellos canosos y despeinados, tenía algo. Algo especial, que la diferenciaba de todas las demás mujeres. Algo que la hacía distinta. No sé en qué… pero distinta.

Permanecí así unos minutos, ensimismado en mis pensamientos. Lo cierto es que empezaba a darme cuenta de Io absurdo de mi situación. Metido en aquella alcoba destartalada, sin siquiera una prenda para poderme acostar, sin mis objetos de aseo. Y al otro día, cuando amaneciera, ¿qué haría yo allí, en aquella pensión vieja y tristona? Todo lo más volver a marcharme por donde había vuelto. Regresar a mi hotel y olvidar la grotesca aventura.

No sentía sueño. Ni el alcohol me afectaba ahora lo más mínimo. Me notaba despejado, con todas mis ideas muy claras. Quizá por eso empezaba a reprocharme a mí mismo tantas cosas. Un viaje a París no significaba cometer tantas locuras en una sola noche. ¿Qué tenía esta mágica ciudad que era capaz de convertirme en una persona diferente, en un Peter Munro que hubiera causado el asombro de sus jóvenes camaradas de los *pubs* de Chelsea o de Soho? ¿Era París culpable de todo eso… o yo mismo? ¿O quizá una hermosa desconocida de roja capa, llamada *madame* Du Marier?

Me puse en pie. Caminé hasta el balcón del fondo, para dirigir una ojeada a la calle en la que me albergaba ahora. Me costó

desatascar el pestillo del postigo o contraventana de húmeda madera vieja. Poca cosa es lo que vi allá abajo.

Una masa de sombras, el reflejo de la luz de la vecina tienda de pompas fúnebres, y un macilento farol de gas en una cercana esquina. Eso era todo. Los demás edificios en torno eran como sombrías masas mezclándose con la oscuridad de la noche.

Cerré la contraventana. Volví al centro del dormitorio. Empecé a pensar seriamente en la posibilidad de acostarme e intentar dormir. Abrí las ropas del lecho y exhalé un suspiro de alivio. Cuando menos, bajo la raída colcha y la delgada manta, las sábanas aparecían blancas y pulcras, con ese agradable aroma a recién lavadas.

Me despojé de mi levita, que colgué de un viejo perchero. Luego, desabotoné el chaleco y aflojé el nudo de mi lazo, sonando el primer botón del cuello de la camisa. Me desperecé, fatigado. La visión del lecho me había hecho recordar que necesitaba dormir. Era curioso. Mi primera noche en París. Y dormiría solo, en una habitación destartalada y fea de una desconocida pensión barata, perdida en el dédalo de callejuelas cercanas al Sena. En eso terminaba mi aventura nocturna.

Me acerqué a la jofaina. Eché agua en la palangana. Humedecí mi rostro y lo sequé con la rasposa toalla. Luego, me dispuse a acostarme. No podía hacer otra cosa, a fin de cuentas.

Entonces oí aquello en el corredor. Me detuve en seco. Agucé el oído.

No había error. Era un sonido alargado, ronco, apagado y lastimoso. Un jadeo, quizá un lamento. Un murmullo de queja.

Se me erizaron los cabellos. Confieso que nunca antes había captado un sonido así. Era como la queja de un animal…, pero emitida por una garganta humana. El jadeo se alargaba, estirándose como un estertor.

El sonido de una voz humana que hablaba de dolor, de agonía. Acaso de muerte.

Me acerqué a la puerta. Escuché, pegado mi oído a la madera. El jadeo me causó un repentino terror inexplicable. Sonaba muy cerca de allí. Y no cesaba, aunque dejaba intervalos de silencio entre uno y otro.

Resueltamente, abrí la puerta. Me asomé al pasillo.

Una luz de gas con el mechero muy cerrado, emitía una llama difusa, tristona, que hacía aparecer el pasillo de la pensión lleno de sombras inconcretas. Pero, obviamente, no había en él nadie sino yo mismo. Las demás puertas aparecían cerradas.

Todas… menos la puerta número 17.

Estaba entreabierta ahora. De su interior escapaba un poco de luz, que dibujaba una tira amarillenta sobre el suelo y la pared opuesta. También escapaba por allí el jadeo estremecedor.

Alguien, dentro de la habitación, se quejaba lastimosamente. Recordé las palabras de la patrona, *madame* Renaud:

«—Ella casi nunca sale de aquí. Tiene que asistir día y noche a su esposo enfermo…».

El esposo enfermo. *Monsieur* Du Marier. Era él, sin duda alguna. El que se estaba quejando ahora. ¿Y ella, su esposa?

La puerta estaba cerrada al ir yo a mi habitación. Ahora, estaba solo entornada. Eso podía significar algo: que ella salió para alguna cosa. Tal vez necesitara ayuda. Quizá su esposo estaba muriéndose…

Además de ser muy curioso y muy alocado, debo confesar que soy todo un caballero inglés. En esos momentos me sentí profundamente protector, lleno de impulsos caballerescos. Y salí de mi habitación. Crucé el pasillo resueltamente.

Me asomé a la habitación número 17, empujando levemente la hoja de la puerta.

Miré al interior, desde el umbral, dominando una extraña aprensión que no sabía a qué atribuir.

La luz era muy escasa allí dentro. Un mechero de gas, tras la pantalla color limón, brillaba débilmente en un muro, dejando en sombras un gran lecho como el mío, de hierros muy altos, pero éste provisto de un dosel que le permitía disfrutar del tamizado de unos cortinajes a medio correr, de forma que el rostro del enfermo quedase en la sombra. De ese modo, quien estuviera en el dormitorio, no tenía que carecer necesariamente de luz. Y, sin embargo, el paciente disfrutaba de una apacible oscuridad para no sentirse molesto.

La habitación tenía un extraño olor. No supe si era sólo a fármacos y humedad, o si algo allí se corrompía, despidiendo un vago hedor desagradable. Compadecí mentalmente a la infortunada

madame Du Marier, por tener que pasarse allí días y noches enteros, cuidando del enfermo. Una mujer abnegada. Y amargada por su destino, sin duda alguna.

Iba a retirarme discretamente, para no molestar al hombre del lecho, al advertir que no había rastro de ella en la amplia habitación, cuando el jadeo volvió a sonar.

Así, oído de cerca, era más espeluznante todavía. Me resultaba casi increíble que pudiera brotar de unos labios humanos, de aquel pobre ser postrado lastimosamente en su lecho de enfermo. No se movía, no se alteraba para nada su aspecto. Pero el estertor, largo y penoso, se elevaba en un creciente diapasón que se llegaba a hacer sorprendentemente sonoro, llenando toda la habitación.

Me decidí, dominando mi impulso de salir huyendo de allí a todo correr. Di un paso adelante. Y otro. Y otro más.

Estaba ya dentro de la habitación número 17. Frente al lecho con dosel en que reposaba el enfermo *monsieur* Du Marier. Clavaba mis ojos en la franja de profunda sombra que envolvía la faz, el busto todo del yacente. Quería ver, ahondar más, saber la clase de marido que una mujer tan joven, tan elegante y hermosa, podía tener. Aquella voz, aquel jadeo horrible, nada decían. Podía proceder de un hombre joven o de un anciano. O de un extraño animal herido, de algo que ni siquiera fuese humano, si uno se detenía a analizar su raro sonido.

Me decidí. Era fácil dar luz a aquella figura. Seguramente se enfurecería por ello. Y por el atrevimiento de un intruso. Pero tenía un pretexto plausible a mano, para el momento en que eso sucediera.

Le diría que pasaba por el corredor, que escuché sus gemidos y corrí a atenderle, pensando que podía sucederle algo. Sí, creo que eso arreglaría un poco las cosas.

De modo que tomé una de las viejas cortinas de color verde oscuro que pendían del dosel, y la alcé, de modo que la claridad de la lámpara de gas cayó bruscamente sobre el paciente.

Exhalé un ronco gemido de horror, y sentí que todo mi cuerpo se convulsionaba con un escalofrío de espanto. Erizados mis cabellos, contemplé a aquello que yacía en el lecho, aquel ser increíble que decían era *monsieur* Du Marier…

¡Era un auténtico monstruo, una criatura informe, un hombre de

cabellos lacios, colgando de un cráneo purulento y medio descarnado, cuya piel mostraba el matiz verdoso de la putrefacción, y sus manos y brazos sobre el embozo, igual que su cara, reflejaban las manchas oscuras de los puntos dónde la carne estaba ya corrompida, a punto de reventar la piel, despidiendo purulencias nauseabundas, principio del fin de todo cadáver!

Y, sin embargo, si era un muerto, un cuerpo en estado de corrupción…, ¿por qué gemía, de dónde salía aquel espantoso estertor que ni siquiera parecía humano?

Retrocedí, aterrado, sintiendo que mis piernas temblaban, que un sudor helado empapaba de pronto mi piel…

En ese momento, el contacto gélido de aquella mano helada, rozó mi nuca y mi cuello, obligándome a gritan lleno de pánico…

* * *

Otra mano tan pelada como aquélla me impidió emitir el grito, amordazando mis labios en una presión glacial digna de un contacto con ultratumba.

—No, por favor… —susurro una voz apagada, junto a mi oído —. No grite, se lo ruego. No levante la voz. Domínese, se lo suplico.

Era una voz cálida, persuasiva. Una voz de meloso inglés con ostensible acento francés, que le daba una dulzura especial al pronunciar suavemente las palabras junto a mí, de un modo casi suplicante. La presión de la mano fría sobre mis labios, era poco intensa, posiblemente sin pretender darme a entender una autoridad tiránica, sino solamente de simple persuasión. La mano de mi nuca se retiró con lentitud.

Respiré hondo. La mano se aparto de mi boca también. Era como darme una oportunidad de hablar. No de gritar. Lo entendí así, como un mudo mensaje que no hacía falta expresar con palabras.

—Sí… —susurré—. No gritaré. Perdone. Ha sido sólo… un impulso. Ruego perdone mi intromisión. ¿Es…, es usted *madame* Du Marier, tal vez?

Porque, claro está, la voz era femenina. Y yo podía imaginar lo demás. Me volví, y nadie me impidió que lo hiciera. La vi de nuevo. Frente a mí. Pero en muy diferentes circunstancias.

Seguía siendo hermosa. Sensitiva, delicada, joven, alta, esbelta,

aristocrática. Y muy hermosa, por encima de todo. Más aún que en plena calle, pensé.

Porque, naturalmente, era ella. *Madame* Du Marier en persona. Sin su capa roja ni su gorro de igual color. Con un vestido negro de seda brillante, ajustado hasta el cuello, de amplia falda. Llevaba un camafeo sobre su encaje del cuello. Un bello camafeo de pequeñas perlas, rodeando un óvalo con su propio retrato en una porcelana esmaltada realmente delicada, bellísima. Su rostro, inconfundible, en un perfil de espirituales rasgos y suave color.

Vi sus manos largas, delicadas, de delgados dedos marfileños y uñas cuidadas. En su mano diestra, un anillo con un óvalo de piedra marrón, jaspeada, mostraba dos iniciales en oro, muy visibles: S. F. Tal vez siglas de algún familiar. O de su nombre de soltera. Recordé que nada sabía de ella, salvo su apellido de casada.

—¿Es usted *madame* Du Marier? —insistí, ante su silencio, mientras los grandes ojos oscuros me contemplaban, como dos trozos de azabache, desde su nacarada faz.

—Sí, claro —musitó—. Lo soy. El…, él es mi esposo…

Había hecho un gesto hacia la cama. La cortina de dosel había caído de nuevo, y el enfermo reposaba en la zona de sombra. Me pregunté si había visto bien si no era víctima de una alucinación provocada por exceso de absenta o la falta de sueño. Visto así, en estos momentos, era un enfermo normal. Un hombre cualquiera.

Sin embargo…

Sin embargo, yo había visto a aquel hombre a la luz de la lámpara de gas. Y era algo muy diferente.

Algo horrible. Un espectro. Un cadáver en pleno proceso de descomposición.

Incluso añora tenía cierto sentido aquel hedor dulzón, mezcla de perfumes, fármacos y carne podrida…

Pero viéndola a ella, contemplando a la señora de cabello y los ojos negros, todo eso resultaba dudoso, diferente. Como un posible sueño fantástico. Como una fugaz pesadilla, producto de una alucinación, y nada más.

—Señora, no logro entenderlo… —susurré—. Escuché esas quejas… y traté de ayudarles en algo… Soy vecino suyo de habitación…

—¿Por qué? —gimió ella, mirándome largamente, de un modo

que producía escalofríos—. ¿Por qué tuvo que seguirme?

—No la seguí —mentí fríamente—. Vivo aquí. Todo ha sido… casualidad.

—Miente —cortó con sequedad ella—. Miente usted y lo sabe. No vivía aquí cuando me vio en la calle. ¿Por qué? ¿Por qué venir aquí, *monsieur*? Fue un error. Un tremendo error…

—*Madame*… —traté desesperadamente de esforzarme en ser oído y creído—. *Madame*, yo…, yo sólo quería ayudarles, se lo juro. *Madame* Renaud me contó lo de su esposo. Está enfermo. Muy enfermo. Es lo que ella dijo. Pero…, pero yo juraría que es algo más que eso.

—¿Usted… es médico, *monsieur*? —me contemplaba con su increíble fijeza, con una profundidad que casi aceraba.

—No, claro que no —suspiré, haciendo un gesto negativo—. No soy médico, ni mucho menos. Soy artista. Dibujo, escribo poemas… De todo un poco. Además, tengo algunos ahorros. Puedo permitirme el lujo de ser turista en París… Por poco tiempo, claro. En mi país tengo un trabajo, un oficio mucho más prosaico… Una oficina, un pupitre, una pluma, unos libros de cuentas… Pero eso trato de olvidarlo en cuanto puedo. En París, por ejemplo. Ahora…

—Entonces…, ¿por qué ha entrado? —Ella sacudió la cabeza con tristeza—. No puede ayudarme. No nos puede ayudar a ninguno de nosotros, compréndalo… ¿Quiere salir, por favor? Mi esposo sólo me necesita a mí… Sólo yo puedo ayudarle…

—*Madame*, no soy médico, es cierto —acepte bruscamente—. Pero no creo que haga falta serlo para ver aquí algo… algo anormal.

—¿Anormal? —Ella parpadeó. Sus grandes y largas pestañas oscuras parecían sedosas mariposas sobre sus pupilas—. ¿Qué quiere decir?

—¿Es que usted no entiende… o no quiere entender? —Me irrité —. Ese hombre, su esposo, señora Du Marier… no parece enfermo. ¡Ni siquiera parece vivo! ¡Es un cadáver! ¡Su carne se pudre, su cuerpo se compone! ¡Huele a podrido…, porque está podrido!

Sentí hablar así. Ella palideció. Su piel tuvo un color todavía más lívido, como cera. Enarcó las cejas, mirándome siempre. No sabía si con reproche o con asombro.

—No sabe lo que dice —murmuró con voz algo agresiva—. Eso no tiene sentido. Nadie muere en vida. Se puede arrastrar una larga

agonía, pero eso es todo.

—Yo no dije eso. No hablé de agonía, sino de algo más. De un hombre muerto, señora.

—¡Mi esposo no está muerto! —Y en vez de una protesta, parecía ser un grito de rebeldía contra mi afirmación—. Yo no estoy loca, *monsieur*. Cuido de mi esposo. Nadie cuida de un difunto. Los muertos no necesitan atenciones.

—Es lo que yo pensaba al entrar en esta habitación —murmure entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Cielos, no logro entenderlo Ése…, ese hombre…, ¿es que no nota que huele a difunto? ¡Está velando un cadáver, eso es todo! Y, por las apariencias, lleva algún tiempo va sin vida…

Me detuve. Por los labios del hombre tendido en el lecho escapaba una especie de estertor ronco, que se alargaba lastimeramente. Un jadeo penoso y enervante, que provocaba escalofríos. Recordé su piel tumefacta, sus señales de descomposición. Y me estremecí.

—¿Y bien, *monsieur*? —preguntó fríamente la voz de ella—. ¿Qué me dice a eso? ¿Es que los muertos se quejan? ¿No es ése el lamento de un hombre que existe aún?

Le miré. Le escuché. No hacía falta ni siquiera levantar la cortina de su dosel para ver que eran sus labios los que temblaban, se movían débilmente, emitiendo el horripilante sonido. Éste llenaba toda la habitación como una voz de otro mundo, capaz de envolvernos a todos en un caos de angustia sin límites.

—Sí… —gemí, frotándome el mentón, pensativo—. Sí evidentemente… él se queja. No sé de qué ni por qué… pero se queja. ¡Pero juraría que eso… no puede ocurrir!

—Está ocurriendo, ¿no le parece, *monsieur*? —Notó su ironía en la voz, aunque predominase en ella la tristeza, el pesar, una profunda e increíble amargura que hubiera querido llegar a comprender.

—Cierto, sí… —resoplé, apartándome del lecho. Sin volverme, la cabeza hundida entre mis hombros, murmuré—: ¿Qué…, qué es lo que le ocurre, exactamente?

—Nadie lo sabe —fue la respuesta—. El médico no puede hacer nada. Sólo esperar… Esperar a que…, a que ocurra lo que sea… Yo soy su esposa. Mi…, mi deber es permanecer junto a él, velar por

él… Se lo ruego, váyase… Tiene que hacerlo. Mi marido va a despertar pronto de su letargo. Le ocurre cada noche… No le gusta ver a nadie. A nadie. Sólo a mí, ¿comprende? Cuando abra sus ojos, no deseará sino verme a mí en su compañía. Es mejor que nos deje. Ya hizo cuanto estaba en su mano hacer, créame. Lo demás, sería más bien perjudicial Ni él ni yo íbamos a agradecérselo…

—Pero…, pero yo sólo pretendía…

—Lo sé. Ayudarnos —puso su mano en mi brazo, afectuosamente casi, y me hizo estremecer Me contempló largamente. Con patética insistencia—. Aun así, eso no es posible. Por favor, no insista. No se quede ni un minuto más. Es el momento de irse. Créame que…, que le agradeceré siempre su buena intención, *monsieur*…, *monsieur*…

—Munro —me apresuré a-decirle—. Peter Munro. Soy inglés, *madame*…

—Inglés… —suspiró, entornando sus ojos—. Bien, señor Munro… Le estoy muy agradecida. Pierre… Pierre, mi esposo, también se lo estará, no lo dude. Ahora, por favor, vuelva a su habitación y duerma… O mejor… márchese de esta casa, de esta pensión, de esta calle…

—No, imposible —rechacé, mirándola sorprendido—. Es tarde. Tomé habitación. Tengo sueño. Y cansancio. Llegué hoy mismo de Londres. Me quedo, *madame*…

—Muy bien, quédese —parecía resignada con ello—. Pero vuelva a su alcoba. Duerma tranquilo. No se inquiete por nada de cuanto oiga. Por nada. Y descanse, se lo ruego. Mañana hablaremos. Y todo lo verá diferente, ya verá…

Dudé. Dudé mucho. Para mí, el cuerpo tendido en el lecho seguía siendo el de un cadáver. Un cadáver descompuesto, putrefacto y horrible. Pero lo malo es que gemía. Emitía sonidos. Por tanto, estaba vivo. Y su esposa me pedía que me marchara. Si realmente quería ser un caballero, sólo me quedaba un camino: marcharme.

Y me marché.

—Muy bien —dije inclinando la cabeza—. Estoy en la habitación número 18. Si me necesita para algo, puede llamarme sin vacilar. La ayudaré en cuanto precise.

—Es muy amable, *monsieur* Munro —sonrió ella tristemente—.

No dude que lo haré, si es absolutamente preciso.

Buenas noches, *madame* Du Marier. Sólo puedo 11amarla así. Es lo único que sé de su nombre…

—Suzanne —dijo ella espontáneamente—. Suzanne Du Marier… Así me llamo.

—Gracias, *madame* —sonreí. Me incliné y besé s mano. Su mano fría, marmórea, espiritual y delicada extendida hacia mí. Hice una breve reverencia al salir: de su habitación, tras una ojeada dubitativa al lecho e sombras, donde su marido reposaba—. Buenas noche Hasta mañana…

—Au demain… —fue la suave respuesta de ella, cerrando la puerta sin ruido, cuando yo salía al pasillo.

Me lleve la imagen de su rostro en mi memora cuando me retiré a dormir en el grande y destartalado lecho de altos hierros de cabecera. La habitación seguía siendo fría y húmeda. Aun así, me dormí pronto, entre el acariciador roce áspero de las sábanas limpias y asépticas.

Me dormí a pesar de Suzanne Du Marier A pesar de la visión horripilante de su esposo muerto o vivo en aquel lecho de dolor, sumido en sombras.

Creo que dormí de un tirón. Hasta que sonaron las campanadas en alguna parte de la casa.

Eran cinco campanadas.

Las cinco de la madrugada. Luego, tras la última campanada, llego a mis oído el agudo grito de horror. Y las lejanas y espeluznantes carcajadas que parecían venir directamente del infierno, como risas de ultratumba.

CAPITULO III

No estaba seguro si dormía o estaba despierto. Si la pesadilla continuaba, o había quedado atrás.

El grito se había extinguido en ecos lejanos y lúgubres. Las risas…, no.

Esas risas continuaban. En alguna parte. No lejos de allí. Creo que jamás había oído reír tan extraña y horriblemente como entonces. Las carcajadas parecían llegar de todas partes. Del suelo, bajo mi cama. De los muros, de los viejos muebles gigantescos y oscuros, como masas de terror acechándome en las sombras de mi enorme y destartalada alcoba.

Salté bañado en sudor, abriendo violentamente las ropas de mi cama. Estremecido, inseguro, permanecí en pie sobre la raída alfombra, luchando contra el sueño, el cansancio y la torpeza mental.

Necesité al menos cinco o seis segundos para darme cuenta de que estaba despierto. Y más del triple para entender que no era una pesadilla. Y que, por tanto, no había ningún mal sueño que continuase, sino… que todo era continuación de algo percibido en medio de mi sopor.

Un grito. Y risas…

Agucé el oído. Risas, sí. Continuaban en alguna parte. Extrañas risas. Nunca había oído nada parecido. Era como el estertor de *monsieur* Du Marier. Algo que no parecía de este mundo.

De pronto… ¡Sí! De pronto… capté otro increíble sonido. Algo más que risas. Un murmullo melodioso. ¡Música!

Música, ciertamente. Música de cuerda. Violines, acaso. O cítaras. Instrumentos suaves, melosos. Eso tenía sentido. No, a las cinco de la madrugada.

Me incorporé. Aumenté la llama del quinqué de queroseno de mi mesilla. Miré mi reloj de bolsillo, presionando el resorte de la tapa

de plata maciza. Sí. Las cinco y un minuto. Madrugada. A estas alturas del año amanecería en París sobre las ocho y media. Faltaba más de tres horas de oscuridad. Y más de media leve luz del alba.

Siempre había oído hablar de trasgos y duendes, en relación con las doce de la noche. La hora de la brujería, de lo sobrenatural. Pero no las cinco de la mañana, la verdad.

Quizá las cosas no eran como yo suponía. Ni como decía la gente. Quizá…

Caminé hasta la puerta. Escuché. No se percibía ruidos en el corredor. De alguna parte llegaba la música. Y las risas también.

Abrí. Asomé al corredor. Mi primera mirada, naturalmente, fue a la puerta número 17.

Cerrada. Herméticamente cerrada esta vez. No escuche nada dentro. Ni un roce de pisadas. Ni una voz. Nada.

Salí. Cerré tras de mí. Eché a andar hacia el cortinaje del fondo. A medida que me acercaba a él, todo aquello sonaba más próximo. Di unos pasos más. Abrí la cortina.

El vestíbulo estaba vacío y con las luces de gas a medio tono. Nadie en el mostrador de recepción. Nadie por ninguna parte. Solamente yo. Buscando algo, que ni siquiera sabía lo que era.

Miré en todas direcciones, una vez allí. Había dos puertas cerradas, una a cada lado. De cualquiera de ellas podía venir el sonido musical y las risas. Pero ¿de cuál?

Me aventuré al centro mismo del vestíbulo. Me había puesto mis pantalones. Era todo, aparte la camisa, con la que me había acostado. Iba descalzo. Mis pies, por tanto, no hacían el menor ruido.

Daba la impresión de Que los sonidos llegaban de mi izquierda, de la puerta cerrada en aquel lado. Y la elegí sin dudar más. Caminé hacia ella. Me paré delante. La examiné, reflexivo. Sabía que estaba arriesgando mucho. ¿Quién era yo para meterme en vidas ajenas, para espiar en un lugar en el que era un advenedizo, un recién llegado cuyos motivos para alojarse allí eran totalmente arbitrarios y hasta grotescos?

Eso es lo que decía mi razón. Pude haberla hecho caso. Pero opté por atender mejor a mi instinto. Y abrí esa puerta. Asomé a un corredor suavemente alumbrado.

Era allí.

Al fondo, brillaban luces más intensas. Sonaba la música de cuerda que yo escuchara antes, pero con toda nitidez. Tocaban algo solemne, una especie de pavana o cosa parecida. No eran muy fuertes las risas. Se mezclaban con murmullos. Y con roce de pisadas. Pero pisadas rítmicas. Pisadas que acompañaban a la música de alguna forma.

Eché a andar por el pasillo misterioso, en dirección a la luz. Llegaba por una puerta abierta, al fondo, a mi derecha. Procuré no producir ruido con mis pies descalzos. Llegué a esa puerta. Me asomé, cautelosamente, sin dejarme ver por completo por quienes pudieran hallarse en aquella sala.

Ahora sí. La música era más intensa, lo mismo que el roce de pisadas, y los apagados murmullos y risas de los asistentes. Evidentemente, parecía un festejo.

El más extraño festejo que jamás vi. Creo que en ese momento me eché atrás, sacudido por un escalofrío sin precedentes, movido por el mayor impacto de horror jamás imaginado.

¿Qué otra cosa se podía sentir ante la visión dantesca de una alargada, angosta sala, de muros empapelados, desconchados en parte como mi propia habitación, y en la que a la claridad de una serie de lámparas de gas, unas parejas danzaban ceremoniosamente, siguiendo los compases de un cuarteto de cuerda, solemne y taciturno, situado en un entarimado?

Eso, a las cinco de la mañana, en una pensión vulgar y barata, perdida en algún viejo quartier parisiense… ¡y con semejante clase de parejas!

Las parejas…

Eso… realmente ESO… ¡era lo espeluznante!

* * *

Las parejas de baile…

Eran cinco. No. Quizá seis… No sé. No recuerda exactamente. No podría jurar tal cosa, en modo alguno. Aún ahora, concentrándome en ello, resulta demasiado terrible todo, demasiado demoníaco, para estar seguí de nada. Pero eran varias las parejas, eso sí.

Y todas ellas igualmente espantosas.

Hombre, mujer… ¿existía alguna diferencia entre ellos,

realmente?

Creo que no. No podía haberla entre aquellas dantescas figuras que se movían grotesca y tristemente, los acordes de una pavana digna de convertirse en u siniestro minuetto para el réquiem de alguien…

Jamás asistí a baile más triste y melancólico, más penoso y lúgubre que aquél. Y sus parejas, ciertamente no le iban a la zaga.

Contemplé los rostros, tan descarnados, lívidos y penosos como los del propio *monsieur* Du Marier en su lecho. Y los mechones de cabello, como ralos matojo de triste vida, surgiendo de cráneos color cera, salpicados de manchas verdosas o violáceas bajo la epidermis… Manos agrietadas, viscosas, con hematomas o algo muy parecido, allí donde la piel mostraba una podredumbre interior… Bocas de labios tumefactos, de encías desdentadas; ojos que bailoteaban en órbitas, carentes de pestañas, con párpados a veces carcomidos… Cuerpos espectrales, moviéndose dentro de roñas ajadas, desvaídas, como gastadas mortajas funerarias…

Emití un grito. Un grito agudo, ante aquello que ni parecía un aquelarre, una horrenda danza macabra donde la música era tristeza, el baile dolor, las risa sarcasmo hecho estertor humano de agonía…

Y ellos, naturalmente, giraron la cabeza. Me miraron.

Cenicientos rostros lívidos, mortales facciones crispadas, rictus sin carne ni piel, gestos salpicados de purulencias hediondas, se volvieron hacia mí con repentina ira. Movimientos ralentizados de danza, se petrificaron. Manos engarfiadas, brazos encogidos, cuerpos crispados, formaron una extraña evolución de un baile fantástico, digno de una invención de Hoffman, siniestra y lúgubre.

Me miraron sus ojos, entre desvaídos y hoscos, entre tristes y furiosos. Era una colectiva mirada de odio, de ira, de rabia y de rencor. Me dio miedo. Aquellos hombres y mujeres, aquellos seres de ambos sexos, unidos en una danza diabólica, centraban en mí sus miradas profundas, distantes, como surgidas del frío impenetrable de la tumba…

—¡Detenedlo! —rugió alguien, con voz profunda, tan lóbrega y siniestra como si llegara de los mismos fondos del Averno—. ¡Ese maldito entrometido… que no escape!

Y como de mutuo acuerdo, sus manos descamadas se dirigían

hacia mí. Sus huesos asomaban en los dedos tumefactos, podridos. Dedos que me señalaban, acusadores, como jueces implacables.

Traté de hacer algo, lo más lógico en tal circunstancia: evadirme. Giré sobre mí mismo, buscando el único camino posible para ello: el que había seguido para llegar allí.

Pero ese camino me estaba vedado ya. Me encontré con alguien que me cerraba el paso. Creo que exhalé mi segundo grito de horror en aquellos momentos. Y con todo motivo.

Dos seres, dos auténticas criaturas monstruosas, me cerraban el paso, con sus manos extendidas. Manos de las que su carne y piel colgaba como jirones putrefactos, de fétido olor, con goterones de pus. Incluso vi los gusanos, moviéndose entre jirones de sus cuerpos descarnados, bajo ropas que ellos llevaban rotas, colgando miserablemente de sus huesudos hombros.

Y, tras ellos, una efigie terrible, dantesca y estremecedora que, alzándose como un espectro de horror y venganza, me señaló con un dedo huesudo, tumefacto y sin color, que era como una amenaza latente, al tiempo que aquel susurro horrible, aquel murmullo que, como un estertor, brotaba de los labios lívidos, amoratados en parte, de la boca del hombre a quien yo conocía como *monsieur* Du Marier, cuando lo vi en su lecho de dolor:

—¡No debe salir de aquí! —Oí su atroz jadeo. Y maligna era su mirada incolora, extraña, grisácea, fija en mí—. ¡Es un extraño, un enemigo…! ¡Se ha metido en un mundo que no es el suyo… y aquí debe quedarse para siempre!

Les contemplé, aterrado. Me di cuenta de que mi cerraban toda salida posible. Los músicos habían dejado de tocar su extraña pavana. Eran también como fantasmas lívidos y deformes, parados junto a sus instrumentos, mudos éstos, contemplando ellos estúpidamente lo que sucedía.

Los bailarines se aproximaban a mí. También la pareja siniestra y escalofriante que precedía al esposo d Suzanne Du Marier. Era un cerco del que no podía salir en modo alguno. Pero temía que intentarlo, cuando menos.

Y lo intenté, justo cuando aquellos brazos huesudos, descarnados y fétidos, me rozaron, me quisieron aferrar impidiéndome toda evasión de aquel ámbito de pesadilla.

Luché. Era la única forma de intentarlo, de evadirse, Luchar.

Por eso luché, desesperadamente. Creo que puse todas mis fuerzas en ello, entre amedrentado y exasperado Porque por vez primera me daba cuenta de que me había metido en un escalofriante avispero, en un mundo de horror infinito, más allá de todo lo humano, de todo lo conocido. Y tenía que salir de él, antes de que fuese demasiado tarde y, como ellos decían, yo pasara a formar parte de él de un modo definitivo, hundido entre tanta podredumbre de seres en trance de corrupción, De criaturas que parecían haber salvado ya el umbral entre la vida y la muerte, para convertirse en lo que eran: simples piltrafas, jirones de formas que un día fueron humanas y existieron en un mundo real…

Fui despiadado. Tenía que serlo. Sabía que, de otro modo, nunca saldría de allí. Y era demasiado para que pudiera afrontar semejante horror…

Me lancé sobre los dos primeros monstruos, los más próximos a mí. Eran los que se interponían entre *monsieur* Du Marier y yo. Les golpeé brutal, casi ferozmente. Bajo el impacto de mis puños, les vi saltar atrás, golpear la pared, encogiendo sus rostros en un gesto patético, casi lastimoso. Sufrí una convulsión al ver sus brazos saltar dislocados, rotos por sus codos, muñecas y hombros, romperse en fragmentos de carne desgarrada y de huesos desprendidos, como tibias de un osario, en cualquier camposanto…

También sus caras, golpeadas por mis nudillos, se hundieron, aplastándose sus narices en una informe masa tumefacta, o sus bocas rompiéndose como si estuvieran hechas de*una materia blanda y pastosa, hasta chorrear en goterones fétidos, de un color grisáceo.

El marido de Suzanne aulló, apartándose de mis puños con paso rápido, de larga zancada de sus piernas, muy delgadas y ágiles, dentro del negro pantalón que las cubría. Su grito llegó claramente a los demás, a todos los danzarines de aquelarre que formaban el resto de la espantosa reunión social en aquella cámara del horror:

—¡Evitad que escape! ¡Destruidle para siempre! ¡El debe quedarse aquí, no escapar nunca de nuestro mundo…!

Yo le oía, mientras aquellas piltrafas humanas, como monigotes frágiles y quebradizos, saltaban bajo mis impactos demoledores. Creí que me había abierto camino finalmente, pero ya varios de los bailarines de pesadilla me cerraban toda posible salida del recinto

iluminado. Para horror mío, uno de ellos era una mujer, rugosa y de canosos cabellos despeinados, de rostro antes afable, ahora convertido en la grotesca máscara desdentada de una arpía indescriptible…

¡*Madame* Renaud, la hostelera!

No dudé. Me precipité también sobre ella, batí mis puños contra su cuerpo, pensando que no podía hacerle tanto daño como a los demás…

Espantado, descubrí que el horror iba más lejos, infinitamente más lejos de todo cuanto yo podía haber sospechado jamás. Porque en realidad supe entonces en la clase de aterradora, escalofriante pesadilla que vivía sin dormir, sin soñar, sin estar en mi lecho…

¡Lo supe cuando la infortunada *madame* Renaud, mi hostelera de la rué Morgue, saltó hacia atrás, con un gemido ronco, inhumano, y sus manos saltaron en pedazos, sus dedos se hicieron simples fragmentos de huesos y jirones de piel grisácea en el aire… y su cabeza saltó de su cuello, roto éste, desgajadas sus vértebras, para que rodase aquella canosa forma por los suelos, como tras un alucinante desfile por la guillotina invisible que París podía simbolizar para un extranjero!

Pero yo sabía que no era ninguna guillotina la que segaba su cuello, haciendo brincar su cabeza como alga atrozmente separado del tronco, sino el mismo horror que lo presidía todo en aquella dantesca reunión de madrugada, en la tétrica pensión del número trece…

Yo sabía que estaba rodeado de cadáveres vivientes de espantosos, aterradores zombies de un mundo ultra-terreno donde me había sumergido por error o por obstinación, más allá de todo lo conocido, más allá de la vida y de la muerte…

Y *madame* Renaud no era una persona ajena a ese mundo delirante. Era…, era una de ellos. Un zombie más. Un cadáver ambulante…

El hedor de ella y de los demás, en torno mío, era como un cerco nauseabundo, que me envolvía y me angustiaba. Al hundir mis puños en sus cuerpos, sentía ceder bajo los mismos la carne putrefacta, a jirones, mezclándose con sus ropas y con un caldo viscoso, fétido, que chorreaba entre sus descarnados miembros, salpicándome y haciéndome sentir un profundo asco una

repugnancia invencible.

—¡Que no escape, que no escape! —Era la cantinela en la voz ronca de *monsieur* Du Marier, lejos aún de mis puños, como un espectro vigilante y maligno que presidiera el aquelarre.

Las demás parejas del extraño baile en la madrugada, me cercaban totalmente. Era imposible escapar de ellas, pese a mis esfuerzos, a mis golpes despiadados, que no hacían sino convertir en detritus lo que ya no era de este mundo, que se limitaba a deshacer, no a destruir, ya que allí todo estaba destruido por la descomposición, y era suficiente golpearlo para que su falsa estructura, la débil apariencia, lograda no sé con qué prodigios irracionales, se desmoronase en aquella pulpa fétida y crispada, de carne, purulencia y ropas descompuestas.

Infortunadamente, se abatieron todos sobre mí, como una implacable masa avasalladora, agobiante, que no sólo me ahogaban, sino que me producían unas náuseas irresistibles. Manos cadavéricas me aferraron, brazos chirriantes y malolientes me rodearon, rostros de pesadilla se convulsionaron ante mis ojos, como una visión dantesca. Y me sentí finalmente dominado, vencido por la masa de espectros demoníacos. Para ello, les había bastado con tomar de alguna parte gruesos cordones de los que sujetaban las cortinas descoloridas de la casa. Uno de esos cordones se enroscaba a mis tobillos, inmovilizándome las piernas. Otro se cerró, con fuertes nudos, en torno a mis muñecas. Un tercero, con nudo corredizo, rodeó mi cuello, como fatídica amenaza.

Un murmullo maligno, junto a mi oído, me avisó arteramente:

—Muévete… Muévete y la soga se cerrará… estrangulándote… Vamos, ¿por qué no forcejeas ahora? ¿Por qué no luchas?

Le miré, alucinado. Era aquella voz, aquel susurro que me había horrorizado durante la noche. La voz de *monsieur* Du Marier, el esposo de la dama de la capa roja. Su rostro descarnado, sus purulencias, sus manchas de descomposición, sus mechones de pelo en el cuero cabelludo putrefacto, me causaron pavor, tan próximos ahora a mí.

La boca de labios agrietados sonreía en una mueca espantosa y malvada, superior a toda humana perversidad. Era como la sonrisa misma del infierno, mostrándome las encías negruzcas, el hueso de la calavera, los dientes desiguales, a punto de desprenderse del

resto de su boca hedionda, en cuyo interior creí adivinar, entre la lengua y el paladar, los gusanos que se agitaban, devorando aquella carne podrida.

Sabía que no podía forcejear, luchar, moverme en modo alguno, o perecería sin remedio. Los rostros diabólicos se apartaron ahora de mí, pero formando un cerco, contemplándome entre aviesos y divertidos.

En el suelo se agitaban, crispadamente, los restos dislocados de los demás cuerpos humanos. Un olor repugnante se elevaba de ellos, convirtiendo la iluminada sala de la fiesta nocturna en una especie de sepulcro colectivo, ocupado por difuntos en trance de descamamiento total.

—No sé…, no sé lo que ocurre aquí… —balbuceé, angustiado, pero sereno dentro del horror de mi situación—. Pero sea lo que sea, no es de este mundo. ¡Vosotras, criaturas infernales, no podéis pertenecer al mundo de los vivos! ¡Sois basura, miseria humana, simples cuerpos que se pudren! Pero ¿por qué? ¿Por qué estáis aquí esta noche, y no sumidos en la oscuridad y la quietud de vuestras tumbas?

Un ahogado jadeo brotó de los labios de todos ellos. Como muñecos dotados de extraña vida, como zombies de una pesadilla increíble, de la que forzosamente tendría que despertar en cualquier momento, me contemplaban, rígidos, erguidos, formando un cortejo siniestro, estremecedor e increíble. Parecían gozar con su victoria, complacerse en mi situación actual.

No, ciertamente, podía parecer la peor de las pesadillas. Pero no lo era, estaba seguro de ello. Esto, aunque mi mente lo rechazara de plano, estaba ocurriendo. Yo vivía aquello, en una vieja casa de la rué Morgue, en algún lugar de París…

—Eres tú el intruso… —oí que el jadeo monstruoso de aquel hombre se convertía en palabras, en sonidos coherentes—. Tú, quien quiera que seas… viniste aquí a mezclarte entre nosotros. Éste es nuestro mundo, no el tuyo… Y no sólo has entrado en donde está vedado que permanezcas, sino que tus manos han destrozado a seres de nuestro propio mundo. Has atacado ferozmente a personas que nada te hicieron. Has roto las normas de nuestra comunidad… Y eso solamente ofrece una posibilidad de castigo. Eso sólo tiene una sentencia posible: ¡Habrás de quedarte entre nosotros, como

uno más, hasta que tu propia carne putrefacta caiga de tu cuerpo, hasta que tu arrogancia de ahora no sea sino miseria, basura humana, detritus y carne descompuesta sobre un esqueleto visible! ¡Ésa es mi sentencia para ti!

Se me erizaban los cabellos escuchando aquella horrible decisión que, en el fondo de mi ser, yo sabía que ellos podían hacer cumplir. No sé cómo, pero lo harían, me constaba. Y sería uno de ellos… sólo Dios sabía por cuánto tiempo, como una condena eterna, como una maldición que iba más allá de la vida y de la muerte, más allá de las tinieblas mismas de la eternidad.

En ese momento, un grito agudo desgarró el silencio que había seguido a las espantosas palabras de *monsieur* Du Marier. Y una voz de mujer rechazó sonoramente:

—¡No! ¡Eso no sería justo! ¡Él se encuentra aquí, pero ignoramos por qué! ¡Él atacó a los nuestros, pero tal vez ignorando el alcance de sus golpes! ¡Merece una oportunidad de defenderse! ¡Exijo que se le conceda!

Giré la cabeza, aterrado, aunque con una leve esperanza palpitando allá, en el fondo de mi persona, de mis pensamientos.

Ella había entrado en la sala, majestuosa y altiva, envuelta en los pliegues de su roja capa de terciopelo. Pálida, esbelta, como una estatua de mármol, flotantes sus negros cabellos en torno a los hombros.

Suzanne. La esposa de Du Marier. Era su voz la que había sonado en mi defensa.

La contemplaron los espectros del salón, con aire aturdido, como si no esperasen que me surgiera semejante valedor. Su propio esposo, entre ellos, no era el más asombrado. Una maligna luz inexplicable emergió allá, en el fondo de sus pupilas incoloras. Los ojos del monstruo eran una de las pocas cosas que conservaban su apariencia vital, como en los casos de los demás compañeros de pesadilla. Únicamente una opacidad extraña, un turbio tono pálido, ensombrecía aquellas miradas, revelando acaso la sima de un horror que estaba más lejos aún que la propia muerte…

—Está bien —dijo Du Marier con su helado murmullo de otro mundo—. Sea como tú lo deseas, Suzanne. Será sometido a un juicio de ultratumba… Yo seré el acusador, y ellos los testigos y jurados. ¿Quién será su defensor?

—Yo —afirmó ella serenamente. Sus negros ojos me contemplaron. Y aquellas pupilas sí me parecieron llenas de vida. De una extraña vida que podía ser la frontera misma de la muerte. O quizá algo más impenetrable y oscuro todavía.

Du Marier no se inmutó, pero seguía mirándola con malignidad más allá de todo lo humano. Inclinó su repugnante cabeza, en mudo asentimiento.

—De acuerdo —le oí decir—. Abrase, pues, la sesión. Poned al acusado en pie, sin desatarle. Que escuche los cargos. Que sepa que es su única oportunidad. La única que tiene de salir de aquí. Si Suzanne no te defiende adecuadamente y gana e] juicio… ¡ya jamás saldrás de aquí, intruso! Te quedarás para siempre en la rué Morgue número trece… ¡Para siempre entre nosotros!

El pánico me invadía, debo reconocerlo. Aun así, mientras aquellas manos y brazos repulsivos me manipulaban, situándome en pie, apoyado en un muro del siniestro salón, miré a Suzanne largamente. Y le dirigí una angustiada pregunta:

—¿También…, también usted es…, es uno de ellos, *madame* Du Marier?

Me miró a su vez, tristemente. Con una rara y profunda melancolía. Su leve sonrisa fue triste y cansada. Pero no había en ella, en sus dientes blancos e iguales, en su rostro hermoso y dulce, nada repulsivo, nada descompuesto, nada desagradable.

Sin embargo…

Sin embargo, su respuesta provocó mi escalofrío:

—Sí, *monsieur* Munro —dijo—. Yo…, yo también soy uno de ellos. Éste es mi mundo…

CAPITULO IV

Creo que jamás olvidaré aquel juicio mientras viva.

Jamás. Fue demasiado terrible, demasiado breve y aterrador, para que mi mente lo borre cualquier día del almacén de mis recuerdos. Sé que fue el momento en que mi cuerpo y mi alma misma estuvieron en las fronteras de lo más oscuro y espantoso que un ser viviente puede llegar a conocer.

Sé que en aquellos instantes, grabados a fuego en mi cerebro y en mis sentimientos, viví quizá toda una intensa existencia de emociones, terrores, esperanzas y abatimientos. Era un proceso sin apelación, y yo lo sabía. La sentencia que pronunciase aquel jurado, aquel tribunal, aquel fiscal terrible que se enfrentaba a mí, sería inexorable. Y sin revocación posible. Tendría que aceptarla. Admitir mi destino, por horrendo que fuese.

Porque morir ya importaba poco. No he temido nunca a la muerte. No la temía entonces. Era un trance que admitía desde siempre como un irreversible final a una existencia humana. Cierto que mi juventud, mis ilusiones, eran demasiado grandes aún para pensar en sepultarlas ya, con mi cuerpo sano, fuerte y vigoroso, con mis ansias de existencia, con mis anhelos físicos y espirituales.

Pero morir no era nada comparado con aquello que me sugería, de modo escalofriante, mi procesamiento de ultratumba. Con la suerte alucinante que me permitía entrever la sentencia de aquellos monstruos del Más Allá.

Súbitamente, la rué Morgue cobraba para mí una dimensión nueva y terrorífica. ¿Qué era exactamente la calle Morgue? ¿Qué rincón de París era aquél? ¿Adónde me había conducido mi destino, que ellos no explicaban en palabras, pero que yo intuía era un lugar espantoso y maldito, situado en un mundo de putrefacción y muerte en vida, mil veces peor que el reposo eterno?

Hubiera querido reflexionar sobre ello, llegar a alguna

conclusión, por ingrata que ella fuese. Pero es imposible. Ahora, todos mis anhelos, todas mis ideas | todos mis afanes, estaban puestos en una sola cosa: m sentencia.

Quería liberarme. Ser absuelto. Huir de allí, para no volver nunca más. Pero ¿sería eso posible?

Ciertamente, no. No, atendiendo a lo que decía esos momentos la susurrante, implacable voz de ni acusador, *monsieur* Du Marier:

—… Y este hombre, introduciéndose en nuestro mundo inoportunamente, sin derecho alguno a hacerlo, no esperó a la llegada del día, tratando de descansar en su propia habitación, para luego marcharse de aquí para siempre. No. En vez de eso, curioseó, franqueó puertas y barreras, indagó más allá de lo permisible, en un morboso afán de saber lo que le estaba vedado, ¿todo por qué? ¿Por qué hizo todas esas cosas, hasta culminar en el vil ataque a nuestros hermanos, ahora rotos para siempre, como piltrafas indignas? ¡Porque le había cegado la belleza de una mujer, porque sus apetitos infames le trajeron hasta aquí, en su seguimiento y porque guiado por esos sentimientos impuros y sucios, de hombre degenerado, de libertino que nada res peta, humano o divino, sólo deseaba a esa mujer, y por poseerla hubiera sido capaz de todo lo más innoble, cobarde, de todo lo más abyecto que el ser humano es capaz de realizar!

—¡Miente! —chillé, exasperado, agitando la cabeza aún a riesgo de que la cuerda de mi cuello se cerrase asfixiándome. Miré con patética ira a Suzanne, mi dulce defensora, cuyo nombre se mezclaba ahora suciamente con el proceso de ultratumba—. ¡Miente tu esposo, Suzanne! ¡No le creas! ¡Sus palabras despiden tanto hedor como su propio cuerpo corrompido! ¡Cierto que te vi y te admiré, cierto que tu belleza me deslumbró! ¡Le juro! ¡Es verdad que ahora sé que amo a esa mujer, por encima de todo, y que por su amor no me importaría quedarme aquí para siempre, condenados eternamente mi cuerpo y mi alma a la lenta corrupción y la perdición total! ¡Lo haría…, pero sólo por amor! ¡Sólo por ti, Suzanne! ¡Y no hay nada impuro ni sucio en mis sentimientos! ¡Ellos mienten! ¡Él, tu esposo, que no es digno propietario de tal belleza, miente miserablemente al afirmar eso! ¡Ponedme a prueba, si no! ¡Condenadme junto a ella, y ni una sola protesta escapará de mis labios! ¡Decid que mi perdición eterna será al lado de Suzanne

Du Marier, y una sonrisa de felicidad asomará a mis labios, en vez de la más mínima protesta!

Mi alegato retumbó en la vasta sala, rebotando la voz en ecos sordos, golpeando muros y la alta bóveda desconchada, sin que viese emoción alguna reflejada en aquellos rostros abominables, fijos en mí. Sin que la inexorable expresión de odio y de maldad de Du Marier se alterase lo más mínimo.

Pero creo que en ese momento nada de ello me importó, ante la reacción que provocaba con mis palabras en ella. En Suzanne.

La hermosa joven me estaba contemplando con ojos muy abiertos, con una dulce mirada, cautivadora y como agradecida. Y tras un silencio, sus labios se entreabrieron para musitar palabras que llegaron hasta mí como la más dulce música imaginable:

—Le creo… Le creo, *monsieur* Munro. Y agradezco sus palabras. Es lo que toda mujer desearía escuchar. Lástima que no nos hayamos conocido en otro lugar, en otro momento… Lástima, *monsieur*, mi amigo… Ya no tiene remedio. Ni creo que sus sinceras palabras puedan enternecer a este tribunal…

—La mentira no enternece a nadie —dijo Du Marier, elevando atrozmente su feo murmullo de voz inhumana—. Es más, *monsieur* Munro: será condenado, sí. Condenado a estar por toda una eternidad entre nosotros…, ¡pero no cerca de Suzanne! ¡No compartirá ni un solo instante de esa sentencia cerca de ella! ¡Ésa será la decisión de este tribunal!

Me sentí anonadado. Sabía que lo harían. Mi vida, mi futuro, mi eternidad acaso, dependían de aquel alucinante proceso más allá de la vida. Yo había penetrado en un secreto inconfesable, en algo que escapaba a m propio conocimiento, en un horror que intuía estremecedor en su fondo. Y debía formar parte de aquel horror. Pasar a ser un miembro más en el aquelarre eterno. Era el castigo. Quizá el justo castigo a mi afán de ir más allá de donde me estaba permitido…

—Pero… ¿por qué? —gemí—. ¿Por qué, Suzanne? ¿Qué es lo que yo he profanado, para merecer tan horrible suerte? ¿Por qué llegué aquí? Yo no busqué ninguna calle Morgue, aunque admito que sí me aventuré en esta pensión, en este maldito edificio… Pero ¿quién, en justicia, puede ser acusado de un simple acto de curiosidad? ¡No podía saber lo que se ocultaba aquí! Y, en

verdad…, creo que sigo sin saberlo realmente…

—Te sobrarán años, siglos para saberlo —sonó la malévola risa de Du Marier—. He terminado mi alegato, señores. Ahora… decidan ustedes todos. Si sus manos se alzan al aire, sin señalar a nadie, el veredicto será… de inocencia. Y desde ese momento, Peter Munro será libre de volver a su propio mundo, tras jurar por su alma que jamás revelará a nadie cosa alguna de las que vio en esta noche. Si vuestras manos señalan a Munro…, el veredicto será de culpabilidad. ¡Y él será condenado a permanecer eternamente entre nosotros, como un habitante más de esta casa! Elegid… Elegid cuidadosamente vuestra decisión. Y cine sea la mayoría la que decida sobre la sentencia a cumplir…

Suzanne me miró, exhausta. Ella me había defendido ya con todo ardor posible. Y con toda serenidad también. Yo había protestado, exponiendo mi propio modo de sentir y de obrar.

Ahora, todo dependía de ellos. De los espectros. De los muertos vivientes.

Yo no podía hacer nada. Sólo esperar su terrible sentencia.

Creo que aquellos instantes que transcurrieron hasta que alzaron sus brazos, pronunciando el veredicto, mi alma estuvo pendiente de un frágil hilo. Contuve el aliento, miré hacia sus figuras, entre patéticas y espantosas.

Y esperé. Esperé mi inapelable destino.

Los brazos se levantaron. Los rostros eran carátulas estremecedoras. Parecía que iban a señalar al techo, que iban a perdonarme…

Emití un grito horrible.

De repente, todos los dedos descarnados me apuntaron rígida e implacablemente.

Habían decidido. Era su veredicto. Mi perdición eterna.

* * *

—Dios mío… —murmuré con horror, perdida toda esperanza, frente a aquella ronda de difuntos vivos que me reclamaban para sí, para formar parte de su mundo de frío y de purulencia, de hedor y de sombras… Y me repetí, hasta el infinito, inclinada mi cabeza, demudada sin duda mi faz, hasta parecer que la lividez misma de ellos se me había contagiado, como inicio de mi convivencia

alucinante en su ámbito de pesadilla—: Dios mío, Dios mío…

Y entonces les vi avanzar.

Venían hacia mí. Lenta, inexorablemente, como una ronda de zombies delirantes. Con su vacía mirada fija en mí. Con sus manos descarnadas colgando, ávidas acaso de aferrarme, de conducirme a sólo Dios sabía qué ceremonia espantosa, de la que surgiría por siempre compañero de ellos, uno más en su cohorte dantesca de seres infernales.

Y Du Marier venía a la cabeza. Triunfante, ávido de remachar su triunfo sobre mí… Y yo sabía bien lo que significaba ese triunfo. Lo que implicaba, en los momentos siguientes a la sentencia hecha pública por tan espeluznante jurado…

Vi borrosamente a Suzanne. Una Suzanne abatida, ensombrecida, derrotada por los demás. Vencida en su desesperada lucha por salvarme. No estaba lejos de mí. Se apoyaba junto a uno de los balcones, de cerrados postigos. Pálida, yerta, cansada. Rota…

Yo, atado como estaba, apenas si podía moverme en mi emplazamiento. Sin embargo, de pronto, lo intenté todo. A la desesperada. Ya nada podía ser peor…

Había observado que aquellos postigos no estaban totalmente ajustados, sino solamente entornados. Suzanne estaba entre el balcón y yo. Sabía que era una perfecta locura lo que estaba pensando, pero cualquier cosa era posible intentarla ahora. No había nada que perder. Y sí mucho que ganar. Sólo que yo sabía que nunca sería capaz de abandonar a Suzanne allí, entre su gente Ella decía ser uno de «ellos». Posiblemente lo era. Pero no lo parecía en absoluto. No, no era como los demás, Pero sin duda pertenecía a su propio universo de muertos en vida. O de vivos en la muerte, que aún no estaba yo seguro de nada…

Y lo intenté. Desesperadamente, salté, a pesar de estar mis pies y manos bien atados, y llevar al cuello aquel cordón que podía estrangularme en cualquier momento. Salté, procurando aferrar con mis manos, atadas por las muñecas, el brazo de Suzanne.

Ella me miró, asombrada. Yo lo había conseguido. La tenía sujeta por su muñeca. Du Marier y los demás parecieron comprender que yo intentaba algo peligroso para ellos. Se precipitaron hacia nosotros, cerrándonos toda salida. Todas… menos la que yo había elegido: el balcón…

—¿Qué pretendes? —murmuró Suzanne tristemente—. Todo es inútil, Peter Munro… No puedo salir de aquí, Jamás… Ni tú tampoco…

—¡Eso… Io veremos! —repliqué agriamente.

Y tirando de ella, incliné la cabeza sobre el balcón, mordí el pestillo de la contraventana, y tiré de él para abrir el postigo. Lo hice rabiosamente, sentí dolor en mis dientes, mientras mordía el metal oxidado. Éste cedió. Se abrió la contraventana.

Afuera, al otro lado de los vidrios, vislumbré débiles luces, el reflejo de la funeraria cercana, el azulado tono de las farolas de gas… Y el resto, oscuridad. Suzanne trató de soltarse de mí, mirándome patética.

—No, no, por Dios… —suplicó—. Sería… inútil… mon ami…

A pesar de todo, tiré de ella. Y me lancé, arrastrándola virtualmente conmigo. Me lancé contra el balcón, Contra la vidriera.

Un enorme estrépito de vidrios rotos me ensordeció, Noté cómo los afilados fragmentos arañaban o cortaban mi piel, pero todo me era igual. Mi cuerpo cayó en una zambullida dramática al vacío, sobre el húmedo empedrado, desgarrando a mi paso vidrios y maderas, que crujieron, astillándose con mi impulso.

Pero desgraciadamente, Suzanne no siguió mi trayectoria. Se quedó atrás. En la sala iluminada de la pensión de *madame* Renaud. Mis manos se habían desprendido de su muñeca. No sé si se soltó por su propia voluntad, o a mí me faltó la fuerza suficiente para arrastrarla conmigo. Lo cierto es que caí solo.

Sentí el doloroso impacto de mi cuerpo sobre basuras derramadas de unos cubos. No lejos de mí, sentí el maullido de un gato, posiblemente el mismo de negro color que viera antes, y con un bufido se perdió su oscuro cuerpo entre las sombras.

Arriba, un enorme boquete de vidrios y maderas rotas señalaba mi camino de salvación, y tuve la seguridad de que no había sufrido fracturas al chocar con el suelo, gracias quizá a las basuras dispersas. Es más: con el ímpetu de la caída, se habían aflojado las cuerdas de mis muñecas, cortadas también en parte por los vidrios. Tiré violentamente con ambas manos, y chascaron los cordones al romperse. Tenía mis manos libres. Desaté mis piernas con rapidez.

Dirigí una ojeada arriba. Nadie asomó por la vidriera para mirar

hacia la calle. Tal vez bajarían ahora en mi busca. La idea me enloqueció.

Era inútil pretender rescatar ahora a Suzanne Du Marier. Volvería más tarde, con gendarmes incluso, si era preciso, a rescatarla de su horrible encierro. Juré que lo haría. Y eché a correr.

Me precipité calle abajo, en busca de una salida. Pasé como despavorido ante la tienda cerrada, de objetos de compra-venta, ante la iluminada funeraria, ante el nombre de la calle, en aquella placa iluminada por la solitaria farola dé gas.

No miré siquiera atrás. No quería verlos otra vez. Estaba seguro de que la sola visión de aquellos monstruos, saliendo del número trece de la rué Morgue, podría paralizar mis músculos, frenar mis impulsos, hacer más lenta mi fuga… e incluso, tal vez, hacerla fracasar de una vez por todas.

Jadeando, frenético, sin ver siquiera qué camino seguía, corrí y corrí, incansable, golpeando contra los muros, dejando rastros de sangre en las húmedas paredes, sintiendo alrededor mío la tenue bruma que brotaba del cercano río…

No sé cuánto tiempo estuve así, deambulando a la carrera, como un loco. Sólo recuerdo que, de repente, una voz seca, áspera, me demandó:

—Eh, usted… ¿Qué es lo que hace? ¿Le ocurre algo? Me hablaban en francés. Alcé los ojos, asustado. Vi la silueta de un hombre con corta capa, gorra de visera… Iba uniformado. Un gendarme, sin duda alguna, Estaba parado en medio de la acera, frente a mí.

Me erguí, tambaleante, con un profundo alivio. Pude permanecer en pie, aferrándome a una farola, como si estuviese ebrio. Y manifesté con voz ronca:

—Por favor, agente… Ayúdeme… Le ruego que… me ayude…

Y caí delante de él, agotado, dando tumbos sobre el suelo mojado, virtualmente agotadas mis fuerzas.

* * *

—¿Ha dicho… rué Morgue?

—Sí, comisario. Rué Morgue, estoy bien seguro de ello…

El funcionario de la policía francesa me contempló, perplejo, frotándose el mentón. Luego meneó la cabeza, con aire aturdido.

—Lo siento, *monsieur* —dijo—. He nacido en París, hace cincuenta años. Y jamás oí hablar de semejante calle…

—Oh, Dios, ¿qué tiene eso que ver? —Me irrité, agitando mis brazos, llenos ahora de esparadrapos y apósitos, tras la cura que el médico de la policía hiciera de mis cortes—. Le dije que estuve en esa calle, en una pensión. Su dueña era una tal *madame* Renaud. Es un sitio… extraño. Y tienen allí secuestrada a una hermosa dama, *madame* Du Marier. Suzanne Du Marier, exactamente.

Era todo lo que les conté. No había querido hablar de monstruos, de seres en estado de putrefacción, de rostros cadavéricos, de auténticos muertos ambulantes, porque sabía que no iban a creerme en absoluto y me tomarían por loco. Era mejor obrar con astucia, hacerles ir allí, ver sobre el terreno la verdad de lo que sucedía tas los muros húmedos y sombríos del número 13 de la rué Morgue.

Y ahora, me salía con eso el comisario. No conocía la calle Morgue. Sin embargo, eso estaba fuera de toda discusión. Yo venía de ella. Y el escepticismo, el aire mordaz que captaba ahora en el gesto del funcionario de policía y de los dos gendarmes que estaban con él en la fría y destartalada oficina de la comisaría, me irritaban sobremanera.

—Tuve que escapar por un balcón —dije con acritud—. Vean mis heridas. Eso sucedía en esa calle. Está junto al Sena, comisario.

—Mon ami, hay cientos de calles cerca del Sena —suspiró el policía—. Si no puede describírmela mejor… Supongo, cuando menos, que sabrá guiarnos hasta allí y mostrarnos la casa…

—Pues… sí, creo que sí —admití, desconcertado, mirándole muy fijo—. De todos modos, soy un forastero en París. Puedo confundirme, y más de noche, desorientándome fácilmente… Supongo que alguien, entre ustedes, conocerá esa calle, la habrá visto alguna vez…

El comisario alzó la cabeza. Cambió una mirada con los dos gendarmes. Ambos negaron lentamente, encogiéndose a la vez de hombros. El comisario les habló en francés ahora:

—Busque uno de ustedes una guía de París… Y trate de encontrar la rué Morgue. Pregunten a sus compañeros de servicio, por si acaso…

Uno de los miembros de la gendarmería asintió, abandonando el

despacho. Yo veía todo ese ir y venir con desconfianza, empezando a preguntarme si su modo de mirarme no era el mismo que utilizarían con los borrachos y con los locos.

Cuando regresó el gendarme con un volumen en sus manos, su informe fue desolador para mí:

—No, comisario… No figura en absoluto esa calle. Ni nadie la conoce aquí…

Todos se volvieron a mirarme. Una sorda ira me invadía por momentos. Hubiera querido levantarme y abofetearles a todos. Pero sólo eso me faltaba, en la situación actual. Seguro que hubiera ido derecho al manicomio o a la cárcel.

—Juro que estuve en ella.

—Claro. Pudo estar en cualquier otra que tuviera un nombre parecido… ¿No pudo usted equivocarse, siendo extranjero?

—No, comisario. Estoy bien seguro. Vi el nombre: Morgue. Rué Morgue.

—Rué Morgue… —repitió el comisario, preocupado—. *Monsieur* Munro, ¿usted sabe qué es la Morgue, en París?

—¿La Morgue? —Le miré, sorprendido—. No. ¿Qué es, comisario?

—En francés, *monsieur*…, es el nombre que damos al Depósito de Cadáveres…

* * *

Era la tercera intentona.

El día era nublado y gris. Corría un aire frío y húmedo, procedente del río. Las calles parisienses aparecían mojadas, y todo resultaba triste y ominoso a mi alrededor.

Miré aquella esquina, aquella farola, un escaparate saliente, en un mirador…

—Allí —dije, bruscamente, señalando al lugar—. ¡Es allí! Vamos, comisario…

Echamos a andar con rapidez el comisario, los tres gendarmes que nos acompañaban, y yo como guía de todos ellos. Doblamos la esquina. Me paré en seco.

Otra vez e1 error. No era allí. La calle era más larga. Y tenía una plazuela en medio. El escaparate correspondía a una boulangerie. Los panecillos y pasteles se alineaban tras el cristal húmedo de

lluvia. Había lloviznado ligeramente al mediodía.

—¿Y bien, *monsieur* Munro…? —preguntó el comisario, deteniéndose tras de mí.

Sacudí la cabeza. Miré el nombre de la calle, en una vieja placa. Ni parecido con la que yo buscaba. A la luz del día, tampoco me mostró semejanza alguna con la otra, la rué Morgue de mi pasada noche… Ni pensión, ni número trece, ni bajos con una tienda de compra-venta… Nada. Los edificios podían ser parecidos. Como tantas otras calles de las riberas del Sena. Eso era todo.

Volví a mirar, por si algún diabólico complot de los monstruos de la noche pudo alterar en algo la apariencia de la calle. No, era inútil. Sencillamente, me había equivocado de lugar, una vez más.

—Desengáñese, *monsieur* —suspiró el comisario, acercándose a mí con calma. Meneó su cabeza significativamente—. No encontrará usted nunca esa calle. Por una razón muy sencilla: no existe. Nunca ha existido, salvo en su imaginación.

—¿Acaso pretende tomarme por loco?

—No, no dije eso —me calmó el comisario—. Era de noche, *monsieur*. Usted es un extranjero que desconoce París. Reconoció usted mismo que iba con dos chicas a las que perdió de vista, que habían bebido juntos en varias tabernas…

—Entiendo. Lo que quiere llamarme es «borracho», ¿no es cierto, comisario?

—No hace falta tanto para equivocar una calle. O para creer haber visto algo que no era así.

—¿No cree usted en la existencia de una mujer llamada Suzanne Du Marier, prisionera de unos siniestros huéspedes de una pensión, complot del que formaba parte su propio esposo?

—Yo no puedo creer ni dejar de creer en ello, *monsieur*. Sencillamente, usted formula una denuncia. Yo la acepto. Pero hace falta algo más para abrir un atestado, compréndalo… No podemos entregar al juez de Instrucción un expediente donde se diga que ocurren cosas así en una calle que no existe, y en una pensión que no hemos podido encontrar.

—¡Pero es que esa calle tiene que existir en alguna parte, comisario! —clamé, con profunda ira—. ¡Todo tiene que existir, quiera usted o no!

—Sí, *monsieur*, pero… ¿dónde? —me preguntó suavemente.

* * * *

¿Dónde?

Seguía dando vueltas a la pregunta del comisario. Una pregunta que cerraba toda posible salida a mi denuncia. El caso no seguiría adelante. Ningún juez aceptaría algo tan vago e inconcreto.

Mientras no aportara otras pruebas, la gendarmería rechazaba mi denuncia por falta de evidencias. Era una negativa con buenas palabras. Lo cierto es que me tomaban por loco. O por borracho, que era lo mismo.

Yo, allí, sentado frente al Sena, mientras iba oscureciendo la tarde, meditaba sobre ello. Pensaba en volver a mi hotel de los Campos Elíseos. A seguir mí vida habitual. Decidido a olvidar para siempre a *madame* Du Marier y a la rué Morgue.

Quizá al comisario no le faltaba razón. Quizá todo fue imaginado. No pasó de ser una delirante obra de mi mente. Ni ella, ni la pensión, ni la calle, habían existido nunca.

Quería pensar así. Me estaba convenciendo a mí mismo para ponerme en pie, dejar aquellos húmedos escalones inmediatos al río, y regresar al hotel.

Miré mis brazos heridos, los esparadrapos en mis dedos… Dudé.

Y todo esto… ¿cómo fue? ¿Por qué me había herido? ¿También fue un sueño? ¿Formaba parte de mi absurda pesadilla?

Debía tener alguna explicación más lógica. Es lo que dijo el comisario. Una caída de algún sitio, eso sí… Mucha gente se cae. No dijo más, pero lo insinuado bastaba. Una persona ebria se cae fácilmente. Eso sugerían sus palabras.

Y yo no tenía forma de rebatir sus argumentos. Estaba vencido y lo sabía. Y, lo que era peor, sabía que nunca encontraría la rué Morgue. Ni a Suzanne Du Marier. Posiblemente porque nunca existieron sino en mi propio cerebro de artista delirante, enloquecido por el alcohol, mi primera noche en París…

Me puse en pie. Hundí las manos en mis bolsillos, echando a andar por la orilla del Sena.

Sorprendido, hurgué en uno de los bolsillos. Había algo en él, no sabía el qué. Un anillo, al parecer. No recordaba tener ninguno. Y menos, en un bolsillo.

Lo extraje. Me quedé mirando aquella joya, estrujada entre mis dedos…

Era un anillo. Un anillo de oro con una piedra marrón, ovalada, de tonos jaspeados… Y en ella, grabadas en oro, dos iniciales: S. F.

Entonces supe que ella existía. Que conocí a una *madame* Du Marier. Era su anillo. El mismo que yo vi en su mano la noche anterior. De alguna forma, había caído en mi bolsillo, quizá mientras pugnaba por arrastrarla conmigo al balcón, sujetándola por la muñeca…

Suzanne… y una letra F, de su apellido de soltera, posiblemente. Su anillo.

Y si ella existía… ¡la calle también tenía que existir!

Miré en torno mío, a las sucias aguas del río, a los muros viejos que formaban hileras a ambas orillas, en los viejos barrios parisienses…

En alguna parte, en aquella misma ciudad, tal vez cerca de mí, pese a cuanto dijera un comisario de policía… existía una calle Morgue.

Y todo lo demás.

Yo lo encontraría. Tarde o temprano, lo encontraría de nuevo. En ese mismo momento estuve seguro de ello…

INTERLUDIO

Ésa es la historia, tal como la recuerdo ahora.

Tal como ha vuelto a mi mente, al volver la vista atrás y evocar aquellos momentos. Lo cierto es que no acerté cuando estaba al borde del Sena, contemplando sus aguas turbias, y mis dedos acariciaban el anillo con las iniciales S. F.

No acerté en mis esperanzas ni en mis proyectos. Busqué la calle, es cierto. La busqué hasta el límite de mis fuerzas. Hasta que el joven y apuesto Peter Munro se convirtió en lo que es ahora: una piltrafa humana, un pobre paria, un vagabundo más, en esta ciudad de París, donde tantos desheredados de la fortuna deambulan por sus callejas. Aunque ninguno de ellos, ciertamente, tendrá una historia como la mía, de eso estoy bien seguro.

Ya han terminado mis recuerdos. Lo demás, vale más no vivirlo otra vez en la memoria. Los momentos de exasperación, de amargura, de ira o de abatimiento, en busca de la calle que nunca apareció. La calle que, según la gente, no existía.

Sin embargo, yo estuve una noche en la rué Morgue. Estuve en ella. Y conocí y amé extrañamente a una extraña mujer.

Es un amor sin esperanzas. Sin remedio. Ella dijo algo en ese sentido cuando yo traté de llevarla conmigo, de arrancarla de aquel mundo de espectros, de jirones grisáceos de una existencia más allá de este mundo…

«—No, por Dios… Sería inútil, mon ami…».

Inútil. ¿Por qué? ¿Qué sería lo inútil? ¿Pretender llevármela conmigo a un mundo que no era el suyo? ¿Pero era posible que ella… perteneciese a aquella atmósfera de pesadilla?

Está oscureciendo esta tarde. Estamos de nuevo en otoño. El invierno se acerca, y no sé si sobreviviré a él, o cualquier amanecer gélido mi cuerpo miserable aparecerá sin vida en cualquier callejuela del viejo París. Como el de cualquier otro vagabundo sin

hogar, Como el de alguien que, desde la Morgue, irá a una fosa común, sin nombre siquiera sobre una lápida.

Bien. Que sea así. No lo temo. No tengo miedo a la muerte.

Quizá sea, después de todo, una liberación. Un modo de volver a verla, quizá… ¿No eran todos espectros, cadáveres vivientes, en aquella casa número 13?

Si es así, quizá vuelva a ese mundo de horror para siempre. Quizá… ¿Será tan sencillo como todo eso? ¿Bastará con morir? Porque muchas otras personas mueren… y no creo que para ellas exista una rué Morgue esperando detrás de cualquier esquina…

Levanto el cuello de mi prenda de abrigo, sucia y descosida. Empieza a hacer frío y humedad aquí. Las sombras de la noche se hacen más profundas ya entre las viejas casas de las orillas del Sena.

Yo echo a andar. Sin rumbo fijo. Sin sitio adónde ir. Un hombre, antes de subir a su carruaje, ha depositado en mi mano una moneda. Caridad. Eso es todo lo que inspiro ya a la gente…

Bien. Tendré para meterme en cualquier taberna y beber un trago. Luego… vuelta a andar. A buscar lo que nunca encontraré. Y cuando me canse… Dios dirá.

Ya no espero nada. No confío en nada. Sé que busco algo que no existe. Pero ¿qué otra cosa podría hacer? Es lo único que me mantiene en pie. Lo único que me proporciona un pequeño aliciente paría seguir con vida, para arrastrarme por este mundo, por estas calles que he recorrido mil veces, hasta llegar a conocerlas todas, hasta familiarizarme con este dédalo de vías urbanas, con este laberinto callejero donde, inevitablemente, termino siempre por perderme…

Si alguna vez volviera a encontrarme con esa calle… Si alguna vez volviera a la rué Morgue…

Y a ella, a Suzanne…

Segunda parte

Retorno a la rue Morgue

Capitulo primero

Apuré mi absenta en la sucia cantina de la plazuela.

Había ido ya otras veces a ella, a calentar mi gaznate y mi estómago con su maldito alcohol. François, su propietario, no me miraba con buenos ojos. Annette, su mujer, tampoco. En realidad, creo que nadie me miraba allí con simpatía.

—Ya, ya me voy, François —le dije, tirando una moneda sobre el mostrador—. No os voy a molestar esta noche hasta la hora de cerrar, no temas.

—Eso está mejor, mon ami l’anglais… —suspiró el cantinero, cambiando una mirada de alivio con su rolliza mujer, Annette, que limpiaba vasos al otro extremo del mostrador—. ¿Ya tienes habitación para dormir?

—¿Habitación? —Me eché a reír—. Me echaron el otro día de la que había encontrado. Debía una semana entera. No me aguantaron más.

—¿Entonces…? —inquirió Annette, mirándome perpleja.

—Bueno, no os preocupéis —hice un gesto con mi mano—. Encontraré algún portal donde quedarme, no os quepa duda. Siempre hay un sitio donde guarecerse del frío.

—Del frío… y de la lluvia —rezongó François, mirando a través de una ventana de su local, a las gotas que comenzaban a caer sobre la ciudad, como presagio de un aguacero mayor—. Ten cuidado, inglés. Puede que si sigues así, termines costándole al Gobierno francés el gasto de un féretro y una fosa común… además de las diligencias judiciales, hasta levantar tu cadáver y llevarlo a la Morgue.

—La Morgue… —me estremecí, no por lo que ese nombre significaba en sí, sino por lo que traía a mi memoria—. Lo sentiré por tu Gobierno, François. Sólo por eso…

—Pero vamos a ver, amigo, ¿no eres un buen artista? —rezongó malhumorado el tabernero, apoyándose en el mostrador y mirándome con disgusto—. Una vez hiciste aquí aquel dibujo… y el tipo que te lo compró dijo que era una gran obra. Que quien dibuja así, merece trabajar en una empresa de grabadores, por lo menos, con un buen sueldo…

—Dibujos… Grabados… —me encogí de hombros—. Hice ya de iodo eso. François. En Inglaterra y aquí… Pero eso ya está olvidado. Mi pulso no sirve… La absenta, supongo…

—Dejando de beber una temporada, eso se arregla, amigo. No es el alcohol lo que te ha apartado de eso. Es esa obsesión tuya, ¿no es cierto? Tu famosa rué Morgue y tu dama… ¿No dijiste que se llamaba… Suzanne?

—Sí —afirmé, mirándole hosco—. Eso dije. Ahora, déjame en paz. Me voy ya. Au revoir, François. Bonne nuit, Annette…

—Espera —me detuvo ella, de repente. Hizo un gesto a su marido, y François puso un poco más de absenta en mi vaso. Sorprendido, vi que Annette me daba una vieja llave oxidada, que sacó de detrás del mostrador, junto con unas monedas. La miré, perplejo.

—¿Qué significa esto? —indagué.

—Significa que eres un maldito loco —se irritó ella—. Hace mucho frío. Bebe eso. Te ayudará a combatirlo. Mañana pasará por aquí el tipo que te compró el dibujo. Por si te ve por aquí y quieres hacerle un encargo, nos dijo. Puede que sea una tontería lo que estoy haciendo, pero me gustaría salvarte del desastre, inglés. Esas monedas son para que comas algo, no para beber, ¿entendido? Está cerca de aquí la casa de comidas de Leduc. Ve y dale ese dinero. Que te sirva algo caliente. Luego… si lo piensas mejor y decides no buscar esta noche tu famosa calle, vuelve acá. Es la llave del viejo almacén de al lado. Ya no lo usamos. Pero hay mantas viejas en él. Puedes dormir a cubierto. Si quieres, claro.

Casi me enternecieron los dos. Apuré de un trago la bebida. Miré las monedas, pensativo. Y levanté mis ojos hacia François y Annette.

—Gracias —dije—. Muchas gracias…, amigos. Creo que vendré a dormir. Tal vez mañana, ese hombre me encuentre aquí… Ahora, voy a ver ese Leduc… Creo que, realmente, tengo apetito esta

noche…

Salí de la taberna. La puerta de polvorientos vidrios se cerró tras de mí. Empezaba a llover más fuerte. Incliné la cabeza y caminé presuroso, pegado a las paredes, para no mojarme demasiado. El suelo, negro y charolado, reflejaba las débiles luces del viejo barrio.

Leduc tenía su restaurante económico al lado de un viejo mercado del que salía un fétido olor a frutas podridas y pescado poco fresco. Aún no había cerrado, pero faltaba poco para hacerlo. Ya estaba recogiendo las sillas, y no había apenas clientela.

Me miró con disgusto y aprensión. Pero mis monedas le calmaron un poco. No fue muy generoso a cambio. Una sopa caliente, un poco de carne en salsa, pan y un vaso de vino. Eso fue todo. Para mí, un auténtico festín.

Cuando salí del restaurante, no me quedaba un solo céntimo. Pero sentía un calor y una sensación de confort que hacía tiempo no experimentaba. Eché a andar animosamente. Incluso empecé a silbar entre dientes una vieja canción inglesa, y terminé entonando La Marsellesa.

Di vuelta a la esquina. Me detuve bajo una farola de gas, y contemplé la vieja llave oxidada. Bueno, estaba lloviendo fuerte. Sentía que aquella fina lluvia estaba calándome hasta los huesos.

Tomé una decisión. Volvería al viejo almacén vecino a la taberna. Y dormiría bajo techado. Por una noche, al menos, Peter Munro no buscaría su imposible rae Morgue, pensé con cierta ironía…

Me dispuse a dar la vuelta. Antes, tenía que orientarme, saber dónde estaba, para regresar a la taberna de François. Busqué con la mirada el letrero de la calle donde me encontraba ahora. La luz de gas me lo reveló claramente, con total nitidez.

RUE MORGUE.

* * *

Mis ojos desorbitados, alucinados, seguían clavados en aquel letrero de metal desconchado. El letrero imposible. Lo que no podía ser.

Leí de nuevo, con lentitud, fijándome en cada letra: «Rué Morgue».

—Dios mío, no… —gemí—. No es verdad. Esto…, esto no me está ocurriendo a mí…

La luz de gas se reflejaba en el empedrado húmedo, negro, charolado. La lluvia golpeaba muros y ventanas, repiqueteaba en el pavimento, a mis pies…

Era la calle. No había error.

Miré hacia el fondo. La luz rectangular, amarilla… ¡La funeraria de *monsieur* Danviers! Y más allá…

¡Más allá, la casa número 13!

La tienda de compra-venta, en los bajos… La pensión de *madame* Renaud, sin duda alguna, allá en la primera planta…

Me estremecí, horrorizado. Y lleno de un asombro sin límites. Si hubiera bebido más esa noche… Pero ni siquiera tenía el estómago vacío. No era una alucinación. Estaba despierto y bien despierto. Toqué la farola, los muros… Todo era material. Tangible. Cierto.

Otra vez la rué Morgue…

Había vuelto a ella. Justamente cuando no la buscaba. Cuando ni siquiera pensaba en ella.

¿Por qué, Dios mío, por qué?

—He vuelto… —gemí—. ¡He vuelto! Existía… ¡La rué Morgue existió siempre en alguna parte… no sé dónde!

No había nadie que pudiera responder a mis palabras. Ni gendarmes, ni empleados de turismo, ni parisienses que se creían saberlo todo sobre su ciudad… No gente como François o Annette, los cantineros que siempre vivieron en las márgenes del Sena, y jamás, jamás, oyeron hablar de una calle Morgue…

Yo estaba allí. Había vuelto. No sabía cómo, la había encontrado, a la salida de una de mis escasas, raras cenas en las noches de mi decadencia, de mi arrastrar lamentable y penoso por las callejas del vieux París…

Di un paso. Otro. Otro… ¿Era imaginación mía, o mis pisadas en el pavimento de la vieja calle sonaban de un modo diferente a como las oyera hasta entonces? Tal vez, nuevamente, mi propia fantasía alteraba las cosas, las deformaba… Pero si esto de ahora era cierto… no todo había sido imaginación mía. Durante todo aquel tiempo, yo fui el que tuvo razón. Yo busqué una calle que no figuraba en ninguna parte. Pero que yo sabía que existía. Y acababa de encontrarla. No sabía en qué forma, pero pisaba su suelo, su

mojado suelo en la noche…

No sé por qué, alcé mis ojos hacia la oscura, sombría fachada de la casa número 13. En esta ocasión, no descubrí ninguna luz en su oscuro muro. Ni una sola rendija de claridad. Nada. Ni signo de vida.

Eso no me preocupó mucho. Temblaba, y sentía frío en mi piel. No era por el aire gélido ni por la lluvia. No, nada de eso. Era algo diferente. Más sutil, menos tangible. Algo que estaba más allá de un simple fenómeno climatológico, estaba seguro.

Era el frío de sentirme en otro mundo. El temblor espeluznante de saber que había regresado allí a través de…, de no sé, de algo como un agujero entre la vida y la muerte, entre la luz y la sombra. Porque nadie podía engañarme ya. Yo sabía que había recorrido esos mismos lugares durante meses enteros, hasta la extenuación. Y jamás, jamás, encontré la rué Morgue. Como bien dijo aquel comisario, un año atrás…, la rué Morgue no existía en París. Nunca existió.

Pero entonces… ¿por qué ahora…?

Un año.

Un año atrás…

Ahora, sí. La idea se abrió paso en mi mente, como un fogonazo. Un año entero. Sí, era eso… No podía calcular, no me era posible medir fechas, días, meses… Pero debía de hacer un año, poco más o menos, de mi primera visita accidental a la rué Morgue. No, No era «poco más o menos». Era un año. Un año justo.

Esta misma noche, un año antes… Era eso.

Por algún fenómeno extraño, más allá de mi comprensión, CADA AÑO, era posible encontrar la rué Morgue…, si se tenía realmente el deseo de encontrarla. O sólo si se la hallaba, por puro azar.

¿Por qué cada año?

Quizá estaba a punto de saberlo. O no lo averiguaría jamás. Eso no me importaba mucho ahora. Era otra cosa lo que me preocupaba. Algo que pertenecía a aquella calle fantasmal y dantesca, no sé si situada en otra dimensión o en el reino de los muertos…

Era Suzanne.

Suzanne Du Marier. Suzanne F., según su anillo con un sello de oro sobre una piedra marrón, jaspeada…

¿Encontraría también a Suzanne, como había encontrado a la rué Morgue? ¿Sería eso posible?

Me estremecí. Pero también pensé: ¿ese posible encuentro, más allá de mi mundo, más allá de la vida… implicaba también mi encuentro con *madame* Renaud, con un *monsieur* Du Marier como surgido de las llamas mismas del Averno, en plena condenación eterna?

No deseaba semejante experiencia de nuevo. Por nada del mundo arrostraría mi enfrentamiento a los monstruos de la siniestra pensión, al aquelarre demoníaco de la sala de la pensión del número 13, al espantoso proceso de ultratumba llevado contra mí por un juez, un fiscal y un jurado de pesadilla…

Sólo mi defensor me recordaba algo realmente tierno, cálido, humano y hermoso. Mi defensor…

—Suzanne… —musité, caminando al fin por la rué Morgue, por mi rué Morgue, tan anhelada—. Suzanne…, ¿dónde estás tú? ¿Dónde te encuentras ahora?

Me detuve, fascinado. El ataúd, los velones, los crespones morados… El escaparate de la funeraria de Marcel Danviers. Una vez más… Contemplé el lúgubre panorama de su fachada, a la claridad lívida del gas.

Luego, la voz me provocó un escalofrío. En mi nuca, sentí cómo los cabellos se ponían de punta, igual que si fuesen alambres, sobre unas raíces repentinamente heladas…

—¿Busca algo, *monsieur*? ¿Algún familiar…? Tengo excelentes féretros… Un buen servicio, durante toda la noche…

Miré, fascinado, a la puerta de la funeraria. No recordaba haberla visto en mi anterior visita a la rué Morgue. Pero allí estaba, junto al escaparate del triste negocio.

Contemplé al hombre de negras ropas, de largo y pálido rostro céreo, de sonrisa estereotipada, que pretendía ser afable y resultaba macabra. Sin duda alguna, el propietario. Tenía aspecto de ello, cuando menos.

—¿*Monsieur* Danviers? —pregunté, algo tímido.

—Éxactement, *monsieur* —afirmó risueño, inclinándose ceremonioso ante mí. Sus largos dedos crujieron al entrelazarse, en una fricción que pretendía ser afable—. Marcel Danviers, a votre disposition… ¿Qué es lo que le interesa?

—Nada —suspiré, sacudiendo la cabeza—. Nada, *monsieur* Danviers… No se me ha muerto nadie, palabra… Sólo busco una…, una pensión. La de *madame* Renaud…, en el número 13.

Al decirlo, le miraba fijamente. Esperaba cualquier reacción en su rostro, pero aquella larga faz pálida, amarillenta y triste, no reveló emociones ante mis palabras. Se limitó a inclinarse de nuevo, quizá defraudado por no poderme vender un ataúd, un buen entierro o unos funerales dignos, y musitó, para asombro mío:

—Oh, la pensión del trece… *Madame* Renaud… Sin duda le hablaron de mucho tiempo atrás, *monsieur*…

—¿Mucho tiempo atrás? —Moví la cabeza—. Si acaso… sólo un año…

—¿Un año? —Marcel Danviers, funerario de oficio, soltó una breve y desagradable carcajada—. No, no. Mucho más, *monsieur*… Tenga en cuenta que *madame* Renaud… hace ya diez años que está muerta… Eh bien, *monsieur*, au revoir…

Y el inquietante personaje que había resultado ser *monsieur* Danviers, dueño de las Pompas Fúnebres de la calle Morgue, se inclinó de nuevo ante mí, todo cortesía viscosa y nada agradable, para meterse luego en su negocio, cerrando la puerta vidriera con un tintineo sordo, que más que sonar a una alegre tonadilla, me evocó la forma de doblar las campanas a muerto, aunque a escala reducida…

Aparté de mi mente el feo negocio que quedaba atrás, proyectando su luz amarillenta en el pavimento mojado por la lluvia persistente, que no cesaba de caer, igual en este mundo que en el otro, si realmente yo estaba fluctuando entre dos mundos. De ese modo llegué ante la puerta número trece.

Otra vez. Igual que entonces.

Todavía con las horribles palabras de *monsieur* Danviers resonando dentro de mi mente, como si mi cráneo fuese una bóveda hueca con extrañas resonancias de pesadilla:

«—*Madame* Renaud hace diez años que está muerta… DIEZ AÑOS que está muerta…».

Diez años. En sólo un año de mi vida… diez de este mundo. ¿Era eso posible? Mi razón se había tambaleado ya mucho antes. Ahora, creo que empezaba a agrietarse, Y aun así, seguía. Siempre adelante. Siempre en busca de ella. Siempre en pos de una hermosa

sombra, de un imposible hecho belleza: Suzanne…

El número trece.

El alto, pesado portalón. La tienda de compra-venta en los bajos. Los escalones en la sombra… Oh, Dios, todo igual, todo repetido… Pero quizá… diez años más tarde. ¿Qué era el tiempo para ellos? ¿Qué era para mí? ¿Qué es para todos?

No sé cómo, repetí mis pasos de antes. Creo que era instintivo. Contrario a mi razón, a mis deseos. Como guiado por algo. Por alguien…

La tienda. El oscuro escaparate lleno de heterogéneos objetos. La compra-venta de mil diversas cosas sin relación entre sí…

Y, de repente, incliné la cabeza. Clavé mis ojos horrorizados en el escaparate. En un lugar del mismo, iluminado débilmente por algún reflejo de luz…

Era una joya.

Una joya ovalada, colgando de una delgada cadena de oro. Orlada de perlas. Con un bellísimo perfil de mujer en esmalte delicado.

Un camafeo.

Me estremecí hasta la raíz de mis cabellos. Contemplé con una mezcla de esperanza y de horror aquella prenda… Yo la conocía. Yo la había visto antes de ahora. Pero no en un escaparate* No en aquel escaparate de la vieja tienda oscura de compra-venta. Sobre un cuello femenino. Encima de un sobrio traje oscuro de seda…

¡Suzanne!

Me apoyé, jadeante, en el cristal polvoriento. Mi frente ardía. Mi sudor era helado. El agua de lluvia corría por mis cabellos, empapándolos.

—Suzanne… —musité—. ¿Qué ocurre aquí? La otra vez… no estaba tu camafeo en esta tienda. Lo sé. Lo recuerdo muy bien…

Levanté los ojos. Un fulgor rojizo, sobre el escaparate, daba aquella claridad que permitía descubrir la naturaleza de los objetos allí alineados. Quizá por eso la vi.

La capa. La capa roja.

Reflejaba luz del interior. La capa colgaba de un perchero, no lejos del escaparate, dentro de la tienda. La luz venía de dentro. Había luz en la tienda, por lo tanto. Lejana y débil al fondo…

Creo que me sentí dominado por un impulso instintivo, casi

violento. Golpeé los cristales rabiosa, furiosamente…

Eran golpes bruscos, secos, sonoros. No esperaba, naturalmente, que nadie acudiera a los mismos. Estaba harto de chocar, de estrellarme contra muros de oscuridad y de silencio…

Me equivoqué esta vez.

Algo o alguien se movió, allá tras las vidrieras cubiertas de polvo. Unos pies se arrastraron cansadamente por la oscuridad de la tienda.

—¡Ya va, ya va! —Oí una voz que parecía infinitamente lejana, a pesar de que procedía de aquella silueta que venía hacia mí, recortándose contra la leve claridad del fondo—. Cielos, ¡qué impaciencia! Y a estas horas de la noche…

No podía dar crédito a mis oídos, a mis ojos, a mis sentidos. La tienda estaba ocupada por alguien. Alguien que ahora me abría, asomando a la noche hosca, fría y lluviosa. Me tropecé con el rostro ajado y cansino de un viejo con facciones hebreas. Sus ropas eran grises y miserables. Todo él, como su tienda, olía a humedad y olvido.

—Buenas noches —dije en mi mejor francés, llevándome la mano a la empapada cabeza y tratando de ocultar la pobreza de mis ropas descosidas—. ¿Es usted el dueño de esto?

—Claro —farfulló—. ¿Quién quiere que sea? No estoy aquí por gusto, señor… ¿Se le ofrece algo? Si es para vender, le advierto que no admito ya mercancía alguna. He cerrado la tienda, para todo lo que no sea una adquisición de urgencia… ¿Le interesa algo de lo que vio en el escaparate?

—Sí, sí… —murmuré, dominando mis estremecimientos, que hacían castañetear mis dientes—. Ése…, ese camafeo del escaparate… Y esa capa roja, de terciopelo… Me interesan mucho.

—Oh, ¿eso? —Se encogió de hombros, como defraudado—. No es nada caro, señor… Cincuenta francos el camafeo. Las perlas son imitaciones, ¿sabe? Y quince francos la capa… No me gusta abusar de mis clientes…

—Dios mío… —gemí. Si hubiera tenido ahora mismo sesenta y cinco francos, todo sería mío inmediatamente. Mío. Pero yo no podía olvidar de quién era. Por qué había llamado tan desesperadamente al dueño de aquel lóbrego tienducho en los bajos del número trece. Añadí, tras una pausa—: Lo adquiriré, esté

seguro… Vendré mañana a adquirirlo…

—¡Mañana! —repitió él con disgusto. Sacudió su cabeza, inclinada y canosa—. Todos dicen lo mismo… ¿Y para eso me ha molestado? Pudo esperar hasta mañana…

—Espere, por favor… —le retuve, sujetándole por un brazo—. Un momento solo, se lo ruego…

—No me moleste, señor. Si lo que quiere es que se lo reserve, le diré algo: puedo reservárselo hasta mañana o pasado…, siempre que alguien no pase antes que usted y lo adquiera al contado. Lo siento, pero el negocio es así. Uno no puede fiar sólo en la palabra de un desconocido, compréndalo…

—Sí, lo comprendo. Lo comprendo muy bien —gemí—. Yo…, yo no me refería a eso… Puede usted venderlo, si no me anticipo yo… Sólo quería…, quería saber cuándo…, cuándo se lo han vendido, señor…, señor…

—Duprez —dijo, rápido—. Henry Duprez, señor… Bueno, hace algún tiempo que me lo vendieron. Son cosas de difícil salida, compréndalo… Las adquirí más por caridad que por otra cosa…

—Caridad… —murmuré—. Caridad… ¿hacia quién? ¿A qué se refiere? ¿Quién le vendió todo eso? Fue ella, naturalmente… ¿*Madame* Du Marier? ¿Cierto que fue ella?

—¿*Madame* Du Marier? —Él me miró asombrado, sacudiendo la cabeza. Luego, vi en su ajado rostro rugoso, pintada la desorientación, la perplejidad, incluso la incredulidad más absoluta —. Oh, no, no… Usted…, usted no pudo conocer a *madame* Du Marier, es obvio…

—¿Por qué dice eso? ¿Qué le hace suponer que no la conocí? —protesté, airado.

—Bueno… No es posible, señor. Simplemente eso. No es posible. Usted…, usted es demasiado joven para haber conocido a *madame* Du Marier…

—¿Qué es lo que dice? ¿Yo… demasiado joven? ¡Está loco! ¡La conocí! ¡Conocí a Suzanne Du Marier, tan clara e indiscutiblemente como le he conocido a usted ahora! E incluso a…, a su esposo, *monsieur* Du Marier…

—Cielos, está tratando de confundirme —rió el viejo comerciante, mirándome desconfiado, pero también escéptico y despectivo—. Ambos sabemos muy bien que eso no es posible… Yo

sí la llegué a conocer… y de eso hace tantos años… Era hermosa. Muy hermosa, señor… Cierto que eran sus prendas, pero usted debe habérselas visto a alguien de su familia… A la persona que las vendió, no a *madame* Du Marier… Usted…, usted nunca pudo llegar a conocerla, salvo cuando era niño…

—¿Qué…, qué está diciendo? —gemí, angustiado, mirándole con un nuevo horror acongojando mi voz, mis palabras entrecortadas.

—La pura verdad, señor… ¿Cómo hubiera podido usted conocer, a su edad…, a una mujer que lleva muerta más de veinte años?

Y bruscamente, como airado por todo aquello, me cerró la puerta en las narices, corriendo el pestillo, con un tintineo sórdido de campanilla, y perdiéndose, como una sombra más, allá en el fondo de su tienda lóbrega e inaccesible.

CAPITULO II

La puerta. Alta, destartalada, vieja y lúgubre como el acceso a una cripta o un panteón.

Y, sin embargo, era sólo el acceso a una casa, a un edificio de varios pisos, en el primero de los cuales había una pensión. La placa de latón, aunque cubierta de mugre, aún continuaba allí:

MADAME RENAUD. CHAMBRES.

PENSION.

PREMIER ETAGE.

Oh, Dios, cuántos recuerdos, cuántas ilusiones truncadas, cuántos terrores vividos y rememorados…

Creo que retrocedí con pavor. Aterrorizado por la idea espantosa de volverme a ver con *madame* Renaud, con su mismo rostro rugoso y su canosa cabeza, que yo golpeara una vez, desmoronándola del resto de su cuerpo putrefacto, de cadáver viviente…

Y, sin embargo, la oscura sima de lo desconocido me atraía como una vorágine, como un abismo al que siente vértigo…

Quizá por eso empujé la puerta. Quizá por eso… entré de nuevo en el número 13 de la rué Morgue.

El chirrido fue más largo, más lastimero y siniestro que la primera vez. Las bisagras estaban aún peor. Más enmohecidas, menos grasientas…

Era un desafío. A lo ignorado, a lo terrible. A la muerte. O a algo mil veces peor.

Entré en el edificio. El mismo lóbrego zaguán, grande y oscuro, destartalado y húmedo, me acogió. Quizá olía más a abandono que la primera vez. Caminé sobre un suelo donde crujían algunas cosas.

Supe que varias de ellas eran trozos de madera o de vidrio roto. Y otras…, otras eran cucarachas moviéndose bajo mis pies.

Una atroz repugnancia me invadió, pero no venció mis impulsos. Tenía ya tan poco que perder en la vida… Una existencia de alcohólico vagabundo, de pobre paria sin esperanzas. Sin hogar, sin ilusiones, sin fe en nada ni en nadie. Eso era yo ahora. ¿Qué importaba morir, cuando se ha llegado a algo así?

Encontré la escalera. Subí los escalones de madera. Vieja, polvorienta, crujiente. Escalón por escalón, hacia la primera planta. Era el mismo camino de entonces. Idéntico sendero. ¿Hacia el reencuentro conmigo mismo? ¿Hacia el final definitivo y demoledor? Todo era posible. Había perdido el miedo. Hacía mucho tiempo ya de eso. Quizá un año. Quizá diez. O veinte, ¿qué importaba ya el tiempo? En la calle Morgue todo parecía diferente a como iba en el resto del mundo…

Llegué a la primera planta. Prendí un fósforo. La llama vacilante me iluminó un paraje sombrío, grande, inhóspito y frío. Los papeles de los muros se desprendían de puro viejos. Las paredes estaban desconchadas. Había corriente, por alguna razón. Miré arriba, a la claraboya polvorienta, en el hueco de la escalera.

Tenía los vidrios rotos, destrozados casi totalmente. La lluvia entraba por ella, golpeando sordamente en el polvo, sobre ratas grises y cucarachas negras que deambulaban allá en los sótanos, al fondo de la amplia escalera sombría.

La placa de la pensión colgaba de un solo tornillo, oscilando en la oscuridad. Apenas si se veía el nombre de *madame* Renaud, sobre la porcelana totalmente desconchada. Todo allí daba impresión de abandono. De olvido. De muerte.

A pesar de todo, como la primera vez, probé la puerta. La empujé. No esperaba que cediera. No ahora. Me equivoqué.

Su lastimero, prolongado chirrido, más que nunca se asemejó a la tapa de un ataúd, cediendo a la presión de alguien. Cedió lentamente, obstruyéndose en algo, allá en el suelo. Otro fósforo me reveló su naturaleza. No sentí miedo alguno, pero sí repugnancia.

Una rata muerta. Descompuesta ya. Se veían sus tripas, bajo el abdomen hinchado, reventado por la putrefacción. Gusanos numerosos se hacinaban en el cuerpo gris y repulsivo. Otras ratas habían mordisqueado ya su piel, su cabeza, sus patas…

Salté sobre aquella forma repugnante. Caminé por •un vestíbulo sin luces. Los fósforos revelaron polvo bajo mis pies. Una espesa, densa capa de polvo. Otras ratas, éstas llenas de vida, corrieron al galope, escapando de mi vecindad, en busca de las zonas de sombra.

Los cortinajes de raso o terciopelo, eran ya reliquias viejas y maltrechas. Jirones colgando de sus soportes. El casillero mostraba viejas llaves cubiertas de óxido. Y polvo. Mucho polvo.

—Dios mío… —musité—. ¿Qué ha sucedido aquí?

El retrato de una *madame* Renaud extraordinariamente joven y atractiva me sonrió desde un muro, a la llama incierta de mi fósforo, como un espectro. Sentí un escalofrío. Recordé las palabras de *monsieur* Danviers, el funerario:

«—Tenga en cuenta que *madame* Renaud… hace ya diez años que está muerta…».

Diez años… Dios mío. Diez años en sólo uno de mi vida. Veinte años hacía de la muerte de Suzanne, según *monsieur* Duprez, el ropavejero… Cielos, ¿qué horrenda confusión, qué terrible mezcla de fechas y de acontecimientos siniestros era ésta?

No sé por qué, fui hasta el casillero. Sacudí polvo, telarañas… Tomé una llave. Noté en mis dedos el contacto áspero del óxido del metal, de la densa capa polvorienta… Unos insectos escaparon de entre mis dedos, velozmente, perdiéndose en las casillas numeradas.

Miré la llave. Y su placa de latón, colgando. Limpié el polvo de un manotazo.

Era aquélla. La llave.

No la mía. La de ella. La número diecisiete.

—Suzanne… —musité en la oscuridad que sólo mis fósforos alteraban de trecho en trecho, lo preciso para orientarme en la oscuridad impenetrable, lúgubre, con olor a humedad, a vacío y olvido…

Pasé adelante, hacia el corredor de los dormitorios. Era como revivir iodo aquello. Pero ahora, ni siquiera había ya espectros. Ni muertos-vivos. Nada. Nadie.

Presa de súbita aprensión, me detuve a la entrada del salón situado a mi derecha. Temblé, pero tuve valor suficiente para prender otro fósforo. Y para dar luz, huidiza y triste luz, a la sala que un día aparecía iluminada. La sala donde bailaban los

espectros. La sala donde un jurado de ultratumba juzgó a un hombre llamado Peter Munro…

Cielos, ¡qué diferencia!

Espesas telarañas… Rincones en sombra, muebles polvorientos, podridos, a punto de desmoronarse… Candelabros sin velas, balcones cerrados herméticamente…

No. No todos. Balcones cerrados, excepto uno. Un balcón con las contraventanas abiertas. Y un enorme boquete. Astillas, vidrios rotos, ahora cubiertos de una espesa capa de polvo…

Temblé. Yo había hecho aquella abertura. Yo salté por ese hueco. Y seguía igual. Todo igual…, pero cubierto por el polvo, las telarañas, el abandono.

—Dios mío… —murmuré—. ¿Cuándo? Si entonces… ya estaban muertos… ¿dónde estoy ahora? ¿En el pasado, en el presente… o en el futuro?

Era enloquecedor. Y no quería enloquecer. Quería sólo saber, desentrañar el misterio, de una vez por todas…

Llegué al corredor nuevamente. Un fósforo más, temblando en mis dedos, me guió hasta la puerta número diecisiete. Me detuve ante ella. Cuando la llama se extinguió, la llave oxidada chirriaba en la cerradura. Tuve que encender otro más, para escudriñar el interior que la chirriante puerta me mostraba…

Un escenario terriblemente familiar se mostró a mis ojos. La cama con dosel. Los viejos muebles oscuros… Y polvo. Mucho polvo. Y ratas, mordisqueando las ropas, el somier *desventrado*…

Ni rastro de ella. O de él…

Los Du Marier tampoco estaban ya allí. Como *madame* Renaud, parecían tan lejanos ya…

Entonces brilló la luz amarillenta a mi espalda. Y el horrible rostro, feo y convulso, bailoteó ante mis ojos, en el azogado irregular del espejo del dormitorio número 17…

Quienquiera que fuese, estaba a espaldas mías. El viscoso contacto de una mano fría y pegajosa, apoyándose en la mía, descargó sobre mí un auténtico torrente de terror.

Por eso grité. Grité aguda, desgarradoramente. Mi alarido recorrió toda la casa, haciendo huir, despavoridas, a ratas y cucarachas…

* * *

Era una cara escalofriante.

Vista allí, en el espejo, recordaba una máscara danzando en un tétrico carnaval, acaso simbolizando la muerte. O el miedo…

Pero el contacto de aquella mano helada y húmeda, oprimiendo mi diestra, era mil veces peor que toda alucinación. Arrojé la llama de mis dedos, mientras gritaba, roto en puro histerismo mi ficticio valor de poco antes.

No importaba. Aquel ser de pesadilla traía consigo un quinqué de lámpara rosada, luciendo débilmente en el caserón en sombras. Mis ojos y los suyos se cruzaron durante un momento de auténtico horror.

Luego, su voz me sorprendió como un trallazo:

—¿Por qué, señor? ¿Por qué se asusta? No pretendía hacerle nada…

Y retiró su mano de la mía, aunque su frío sudor quedó en mi piel, humedeciéndola desagradablemente. En aquel momento, ignoro por qué, lo que poco antes me parecía una faz de pesadilla, ahora me resultaba casi patética en su tremenda fealdad.

Porque era realmente un rostro feo, repulsivo. Pero humano. También el cuerpo, a la claridad del quinqué, parecía serlo. Contrahecho, vacilante, encogido en el umbral del dormitorio… A pesar de ello, había algo triste y penoso en el desdichado. Y estaba empezando a descubrirlo, mientras me avergonzaba profundamente por mi debilidad, al emitir el grito de pánico.

—Perdone —murmuré, empezando a volverme hacia él, ya sin temor alguno dentro de mí—. Creo…, creo que tenía ya mis nervios en tensión desde mucho antes. No esperaba ver a nadie y su aparición me ha sobresaltado…

—Lo comprendo… —estudiaba ahora mis ropas raídas y pobres, con cierta compasión—. Primero pensé si sería un maldito curioso… Ahora lo entiendo mejor. Si quiere dormir a cubierto, quédese. La noche es fría y desapacible. Llueve bastante ahora… Pero las ratas y las cucarachas no son tampoco una agradable compañía, créame. Este caserón está infestado de ellas, malditas sean…

—No vine a dormir aquí —rechacé, con cierta altivez—. Puede decirse que las cosas no me han ido muy bien últimamente, pero…, pero no hasta ese punto, créame… Yo…, yo vine aquí en busca de alguien. Llevo algún tiempo fuera de París. Quise…, quise visitar de

nuevo la pensión de *madame* Renaud. Tuve buenos amigos en ella…

—¿De veras? —me contempló, intrigado, no muy convencido de mis explicaciones. Alzó el quinqué para verme mejor—. No hay otra luz, disculpe. Hace años que la compañía cortó el suministro de gas al edificio…

—¿Años? —repetí, desasosegado.

—Eso es. Está abandonado. Puede que lo derriben. Es lo mejor que podrían hacer…

—Sí, claro… —le estudié, curioso, ya sin temor alguno. Tenía una deformidad en su espalda, y cojeaba ostensiblemente. Era horriblemente feo, de pelo ralo, casi calvo, de grandes ojos claros, de rostro caballuno. Pero no parecía un monstruo. No era uno de… de ellos.

—Y usted, amigo…, ¿quién es?

—Mi nombre es Gerard. André Gerard, señor… Cuido de esta finca, mientras deciden lo que se ha de hacer con ella. No es una tarea agradable, créame…

—Le creo —me estremecí—. ¿Desde…, desde cuándo está esto así? No puede hacer mucho tiempo…

—Yo llevo años cuidando de ello… Parece ser que aquí ocurrieron cosas horribles por otra época… Allá por 1873, dicen… Año más, año menos, claro está…

1873. Temblé. Y no de frío. Estábamos en 1893… Veinte años, por tanto… Se repetía lo que dijera Duprez, el ropavejero de abajo… ¡Veinte años…!

—Siga —le invité—. ¿Qué pasó aquí?

—Bueno, son de esas cosas que nadie sabe a ciencia cierta… —se encogió de hombros, indiferente—. Parece que, según rumores, *madame* Renaud era una especie de…, de espiritista. O algo por… Dicen que invocaba a las fuerzas diabólicas durante la noche… Dos de sus huéspedes murieron por causa de ello… Aunque otros aseguran que uno de esos huéspedes no sólo la ayudó en sus invocaciones maléficas, sino que fue el auténtico conducto entre las ceremonias secretas de la señora de esta pensión… y el Más Allá. Bueno, ya me entiende, los poderes de Satanás… Lo cierto es que lograron establecer contacto con lo desconocido, que averiguaron horribles secretos de la vida y de la muerte… y eso trastornó sus mentes y sus cuerpos. Son habladurías, claro está… Porque nadie

supo nunca a ciencia cierta la verdad. Y hace tanto tiempo de ello…

—Termine, por el amor de Dios —le supliqué—. ¿Y qué dicen que sucedió entonces?

—Bueno, parece ser que una vez desencadenados los poderes del mal, fueron incapaces de controlarlos y dominarlos… Se apoderaron de todos ellos. Les hicieron sus esclavos. Dicen que murieron de forma horrible, víctimas de una enfermedad desconocida y espantosa… Que todo el mundo huyó de su proximidad, y se quedaron solos con su maldición, que duraría por el resto de sus vidas, entregados como estaban a su amo y señor, el diablo… Pero, amigo, eso le aburrirá, no hay duda. Creo que son leyendas de la gente…

—Tal vez no lo sean, Gerard… —musité, estremecido—. Tal vez no… ¿Sabe qué fue de *madame* Renaud… y… y de los otros?

—Sí, claro. Dicen que murieron de forma extraña. Pero nadie los vio morir. Ni ser enterrados, siquiera. Hay quien afirma que aún viven entre los muros de esta casa, eternamente, condenados a vagar por una eternidad, entre los vivos y los muertos… como castigo a su soberbia, o como precio que Satanás les impuso por acudir a su llamada… He oído decir que una hermosa dama y su esposo murieron aquí, junto a *madame* Renaud… y algunos aseguran que siguen deambulando por estos corredores, sin que nadie pueda verlos, pero sí a veces escuchar sus gritos y sus risas, allá en ultratumba… —se persignó, mirándole angustiado—. No…, no creo mucho en todo eso, amigo. Puede ser mentira. Pero a mí me hace mucho menos agradable todavía la vigilancia de este maldito caserón…

Todo coincidía. La hermosa dama, el esposo, la hostelera… Y el misterio, más allá de esta vida… Contemplé al deforme Gerard casi con simpatía.

Luego, comprendiendo que todo estaba casi claro para mí, aún dentro de su horrible muro de tinieblas que quizá nunca se despejarían, eché a andar hacia la salida, con paso lento. Roto, vencido, defraudado.

Porque encontrar de nuevo la rué Morgue, no había significado nada para mí. Sólo la seguridad de que nunca volvería ya a verme con Suzanne F. Nunca con la dama de la capa roja. Nos separaban años en el tiempo. Y quizá en el espacio… ¿Era la rué Morgue el

mundo de ultratumba destinado a los que habían desafiado las leyes naturales y divinas alguna vez?

Cuando saliera de nuevo de aquella calle…, ¿volvería a encontrarla, o ya jamás existiría para mí, con su trazado casi familiar?

Me alejé de Gerard, el guardián de la casa vacía. Caminé hacia el vestíbulo, para irme de la siniestra pensión del número 13, y esta vez para siempre…

Como una cantinela, oí allá, a mis espaldas, la voz susurrante de Gerard, casi amistosa en su modo de desgranar las palabras:

—Otros dicen que el marido de la hermosa dama es todavía un brujo, un… un no-muerto, que se la llevó a ella consigo, al mundo de las tinieblas… Y que también deseaba llevarse para siempre a ese lugar de ultratumba a Suzanne, la hermosa hija de su mujer y de otro hombre…

Me detuve un momento, sintiendo un escalofrío. Giré la cabeza. Pregunté al guardián del caserón, con voz ronca:

—¿Una…, una hija? ¿Dónde está ahora ella?

—Eso…, eso sólo Dios lo sabe —murmuró el deforme, encogiéndose de hombros—. Quizá con su madre. Y con el no-muerto que entregó su alma a Satán… Allá, donde nadie puede ya encontrarla, amigo mío…

No dije nada. Salí de la vieja casona. Esta vez, nadie me impidió salir. Pisé el pavimento, empapado de lluvia. Había charcos junto al bordillo. Charcos negros como la noche. Me alejé del número 13 de la rué Morgue.

Mis pasos lentos, vencidos, cansados ya de tanto fracaso, me llevaron hacia la única luz visible en la calle… Hacia la fachada del negocio funerario, hacia la farola de gas de la esquina, límite de la rué Morgue con el mundo exterior…

Y en mi mente, como una obsesión, se iban repitiendo aquellas inesperadas, increíbles palabras:

«—… Dicen que el marido de la hermosa dama es un brujo… un no-muerto… que se la llevó a ella consigo al mundo de las tinieblas… Y que deseaba también llevarse para siempre a ese lugar de ultratumba a Suzanne, la hermosa hija de esa mujer y de otro hombre…».

Suzanne… La hija. Hija de Suzanne. Y de otro hombre que no

era *monsieur* Du Marier…

El grito agudo, desgarrador, de pánico y de angustia sin límites, me sacudió como una descarga eléctrica.

Y era un grito de mujer. Allí mismo. En la calle Morgue.

CAPITULO III

Miré en torno mío. No vi a nadie en la siniestra calle en sombras, batida por la fría lluvia. Estaba solo. Completamente solo. Como siempre me había visto en aquel lugar, a excepción de la noche —¿hacía un año, diez, veinte?…— en que la dama de la capa roja se encontró conmigo.

Y, sin embargo, los ecos lacerantes de aquel grito seguían repercutiendo en mis oídos, como la más patética demanda de auxilio, procedente de alguna parte, en la misteriosa rué Morgue.

Un grito de mujer… ¿pero dónde? ¿Por qué?

Si alguna vez el sonido de una voz me ha producido escalofríos, si me ha despertado el instinto de lucha por ayudar a alguien en peligro, ésta era esa ocasión.

—Suzanne… —musité, sin saber siquiera lo que decía—. Suzanne…, ¿eres tú, por el amor de Dios?

Me moví hacia el único lugar que emanaba luz en aquel sitio inverosímil en que volvía a encontrarme: la funeraria de *monsieur* Marcel Danviers…

Aquel féretro abierto, mostrando su interior forrado de raso púrpura, en medio del escaparate iluminado, con los velones y candelabros, con los ropajes violeta para funerales… Era lo de siempre. Inquietante, sí. Pero nada más. Algo más allá, adivinándose entre los cortinajes morados, más ataúdes, éstos cerrados…

Me asomé a la puerta, sin tocarla, apoyando mis manos en el vidrio, para tratar de mirar al interior, al establecimiento que permanecía siempre abierto, como en vela durante la noche, esperando a su clientela para el fúnebre negocio. No pude ver nada, a causa de Ja cortinilla color lila, corrida.

Pero mi presión hizo ceder la puerta, y aquel tintineo de una campanilla como emitiendo música fúnebre sincopada, una especie

de toque de difuntos en esquema, resonó en mis oídos lúgubremente…

En el acto apareció la larga y flaca figura de *monsieur* Danviers, frotando sus manos servicialmente, con el rostro céreo, largo e inexpresivo, y los cabellos barriéndole la abombada frente en un flequillo ridículo que no lograba disimular su fealdad. Los ojos penetrantes del hombre me miraron, escudriñadores. No parecía demasiado feliz al verme de nuevo por allí en la misma noche.

—¿Usted otra vez? —se quejó—. ¿Y qué busca ahora en mi negocio? Supongo que no se le habrá muerto nadie, *monsieur*…

—No, nadie —convine, sin saber qué decir—. Debe disculparme. Rocé la puerta sin querer. En realidad, trataba de saber de dónde surgió ese horrible grito…

—¿Grito? ¿Qué grito? —Su gesto no cambiaba, pero su escepticismo y disgusto eran evidentes.

—¿Cómo? —Me sorprendí—. ¿Usted no ha oído grito alguno de mujer, hace un momento?

—No, ninguno —me miró con aire de sospecha, como si yo estuviera loco o ebrio. Una mirada que no podía impresionarme ya demasiado. La conocía muy bien durante aquel tiempo que deambulaba como un fantasma por todo París—. Mire, amigo, tengo trabajo, aunque no venga clientela en demanda de mis servicios. Este negocio mío no permite mucho descanso, créame. De modo que será mejor que deje de haraganear por aquí y se largue a dormir de una maldita vez por todas, dejando de molestarme…

—Sí, creo que será lo mejor que puedo hacer —admití gravemente, con aire de ofendido—. Perdone, de todos modos. Buscaba a alguien en esta calle. Alguien que ya no vive aquí. Pero no sé realmente si hace un año, diez o veinte que esa persona no existe en la rué Morgue. Tal vez usted pueda sacarme de dudas. Antes me dijo que *madame* Renaud dejó de existir hace diez años, y luego he sabido que otras personas desaparecieron del mundo de los vivos hace veinte… Quisiera saber quién dijo exactamente la verdad, y cuánto es el tiempo que esa pensión del número trece…

—Buenas noches, *monsieur* —me cortó agriamente el caballero Danviers, disponiéndose a cerrar su puerta definitivamente, sin hacer caso de mis irritantes preguntas.

Yo me aparté para que no me pillara los dedos con la puerta. Y

entonces, cuando la campanilla repiqueteaba de nuevo, con su tétrico toque de difuntos como cantinela… ¡el grito agudo y desgarrador, aquel tremendo grito de mujer que crispaba el ánimo, retumbó en mis oídos, en la calle toda!

Me quedé petrificado. Una oleada de angustia me invadió ante su ahogado sonido, como si algo amortiguase aquella expresión de dolor y de agonía. Pero, especialmente, una sensación de comprensión, de fugaz y súbito entendimiento, iluminó mi mente, haciéndome ver todas las cosas radicalmente distintas…

¡El grito venía del interior del negocio de pompas fúnebres de *monsieur* Danviers!

Exhalé un rugido de repentina cólera, al sentirme engañado, a punto de volver a equivocarme y abandonar, quizá para siempre, la maldita calle Morgue de mis pesadillas. Y cargué, ya sin miramientos, contra la puerta del establecimiento funerario.

Con el soniquete endiablado de la campanilla fúnebre, retumbando en mis oídos casi con igual intensidad que los últimos ecos del grito femenino de terror, penetré a paso de carga en el recinto iluminado por doradas lámparas de gas que brotaban de las paredes. El propio *monsieur* Danviers, que había iniciado ya su regreso al interior de su negocio, se había detenido, girando la cabeza hacia mí, y contemplándome con algo muy parecido a una fría ira que hacía brillar malignamente sus ojos.

—Eh, usted —protestó—. ¿Qué significa esta intrusión? ¡Salga inmediatamente de mi negocio… o llamo a la policía…!

Le aparté de un brusco empellón que le lanzó contra las cortinas violáceas. Se aferró a una de ellas para no caer, tal era mi fuerza exasperada en estos momentos. En alguna parte de su tétrico negocio, capté un ruido, un roce sutil, como si alguien arañara en alguna parte…

—¡Suzanne! —grité, como si supiera exactamente lo que buscaba—. ¡Suzanne! ¿Dónde estás?

Nuevos arañazos. Un sofocante gemido de mujer, un ahogado sollozo en alguna parte… y la piel se rae puso de gallina. El escalofrío puso rígidos los cabellos de mi nuca, repentinamente, cuando mis ojos, buscando por la sala de tapices amoratados, creyó descubrir el lugar exacto de donde procedían aquellos gemidos, aquel roce de uñas sobre algo…

¡Los féretros!

Una hilera de ataúdes, todos cerrados herméticamente frente a mí. Había cinco o seis, no recuerdo exactamente. Ni creo que jamás llegue a recordarlo. Después de todo, eran los féretros los importantes, pero sólo uno de ellos, en estos momentos de repentina lucidez mental. Uno… ¿pero cuál?

Danviers no estaba dispuesto a dejarme actuar libremente, dentro de sus dominios. Noté pisadas a mi espalda, mientras me precipitaba sobre los ataúdes con un rugido, pronunciando de nuevo el nombre:

—¡Suzanne, Suzanne! ¡Estoy aquí!…

El me atacó. Me atacó ferozmente, de modo inesperado. Dirigió hacia mí sus manos engarbadas, pretendiendo sujetarme el cuello, impedirme llegar a los ataúdes… Me enfrenté a su rostro, extrañamente inexpresivo incluso ahora, pero con un destello diabólico en su mirada, que le daba una siniestra apariencia…

Una apariencia que, extrañamente, a mí me resultaba familiar, como si la hubiera visto antes de ahora, como si no fuese la primera vez que me enfrentaba a *monsieur* Danviers, el funerario de la rué Morgue…

No me anduve con rodeos. Si mis terribles sospechas eran ciertas, alguien necesitaba mi ayuda… ¡y urgentemente! Podía ser cuestión de segundos salvar una vida. Y yo lo sabía. Ahora sí lo sabía, al fin.

Aferré un candelabro con velones de color ocre. Lo alcé en vilo y le golpeé brutalmente en la cabeza y el rostro, dispuesto a derribarle sin conocimiento, para seguir mi búsqueda desesperada.

Le alcancé de lleno con el impacto. Tan de lleno que esperé verlo caer, con una brecha abierta en su cabeza, de la que le brotara la sangre. Sólo que las consecuencias del golpe fueron infinitamente más horribles e inesperadas.

Su cabello se desprendió entero de su cabeza, demostrando que era postizo. Su cara toda se agrietó, como una figura de cerámica, y comenzó a desprenderse en pedazos, dejando ver la verdad desnuda, cruda y horrenda, de su auténtico rostro, debajo de aquella máscara cérea, carente de expresión, que yo había conocido en Marcel Danviers, el funerario.

Bajo aquel aspecto… ¡la faz horrible, descarnada y putrefacta de

monsieur Du Marier, surgió como una pesadilla, y me hizo gritar de horror, sacudido por la impresión terrorífica de verme, otra vez, frente a mi enemigo de las tinieblas y de la muerte!

—¡Usted! —rugí, angustiado, retrocediendo mientras aquellos arañazos desesperados seguían sonando—. ¡Usted, maldito sea…! ¡Ahora creo comprender todo…!

—Peter Munro, has vuelto… —jadeó con aquel susurro suyo, aquel estertor sonoro y espantoso que fluía de su boca como las purulencias de sus llagas y grietas. Estiró unas manos hacia mí, también rotas en su superficie por el golpe de candelabro que trató de evitar, mostrando debajo la descarnada realidad, los huesos y piltrafas de carne fétida que constituían su cuerpo atroz—. ¡Has vuelto… para quedarte por siempre en el lugar que te correspondió en aquel juicio de ultratumba!

Yo no estaba escuchándole inmóvil, pendiente de sus palabras. Era como un volcán de actividad febril, enfrentándome a él y, a la vez, buscando a alguien en aquel mausoleo del horror que era la trastienda de *monsieur* Danviers…

El candelabro, en mi mano, se abatía ferozmente sobre las superficies barnizadas de los féretros, quebrando la madera, desgarrando el tapizado interior… ¡y permitiéndome ver, uno tras otro, su horrible contenido!

Cada uno de los féretros contenía un cuerpo… Un cuerpo corrompido y fétido, el de un cadáver ha tiempo ya descompuesto…

Así encontré con horror a *madame* Renaud, reposando sobre un lecho de tapizado púrpura, sin descanso alguno en su rostro, con la putrefacción asomando al horror de su aspecto, con el gesto crispado de una eternidad de dolor y sufrimiento… Y algo más allá, a una mujer que tuvo negro cabello, negrísimo, y ahora era solamente una máscara descompuesta y horrible, la de otro cadáver sumido en su destino de ultratumba, hecho de amargura, de sufrimiento por la condenación eterna…

Los siervos del diablo, en la vieja pensión del número 13… Recordé lo que dijera alguien… Habían invocado a Satanás… Y Du Marier era un brujo, un no-muerto, poseso por los poderes infernales… Ahora, todos pagaban por sus actos abominables.

Danviers —el espectro horrible de Du Marier— se me precipitaba encima en estos momentos. Justo cuando mi candelabro

aplastaba la madera de un tercer ataúd, rabiosamente casi, procurando olvidar que aquella figura patética, repulsiva ya, había sido alguna vez una hermosa dama de pálida piel y hermosos ojos oscuros, llamada Suzanne Du Marier…

Y allá, bajo la madera astillada, reventada, del tercer féretro, la vi a ella.

—¡Suzanne! —grité con voz aguda, desgarrada, al descubrir el rostro suavemente pálido y hermoso, los negros cabellos sedosos, los ojos oscuros llenos de vida… ¡Y las uñas, sangrantes ya, de arañar estérilmente la tela púrpura de su lecho de muerte!

—¡No! —aulló el monstruo, cayendo sobre mí, en medio de un hedor indescriptible que me hizo sentir náuseas—. ¡A ella no te la llevarás! ¡Es mía, me pertenece! ¡Como su propia madre, he venido para llevármela al reino de las tinieblas eternas, al mundo de donde no se regresa jamás…!

No supe cómo lo hice. Pero al sentir contra mi cuello y mi rostro el roce de aquellos dedos, aquel frío contacto pegajoso, húmedo, goteando corrupción en forma de una pulpa nauseabunda, alcé el candelabro y golpeé, golpeé, golpeé…

Una, dos, diez veces, no sé. El grito de horror de ella me contuvo:

—¡No, no más, por el amor de Dios! ¡Ya basta! ¡Ya basta, se lo ruego…!

Me detuve, jadeante, aterrado. Miré lo que yacía a mis pies, y me costó reconocer unos restos humanos, dispersos sobre los ataúdes. La cabeza putrefacta de Danviers había rodado lejos. Sus miembros desmoronados eran fragmentos malolientes, dispersos acá y allá… Recordé mis golpes a *madame* Renaud…

Era fácil. Muy fácil, destruir lo que ya está muerto y corrupto, después de todo. Sólo la malignidad que anidaba en su envoltura carnal había sido capaz de mantener en pie, más allá de la tumba, aquel cuerpo condenado…

Me volví, respirando entrecortadamente. Ella se cubría el rostro con ambas manos. Manos blancas, delicadas. Sollozaba. Eran sollozos de persona viva, humana, real y tangible…

—Lo…, Io siento… —susurré—. No supe lo que hacía… No era la primera vez que nos enfrentábamos él y yo… Y esta vez había que salvar una vida: la suya… Suzanne…, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí… —ella me miró por entre sus dedos, dejando de llorar —. ¿Me…, me conoce?

—Creo que nunca nos vimos antes de ahora, pero sí… La conozco —suspiré—. Conozco su mismo rostro, su misma figura… No era usted entonces, claro está…

—¿Era… mi madre? —susurró.

—Su madre… —asentí, con un estremecimiento, acercándome a ella—. Sí, su madre. Era ella. Hace de eso veinte años… Pero sólo un año transcurrió para mí. Estuve una vez en la calle Morgue… Hoy he vuelto a ella…, para encontrar solo un espectro… Y también a un ser humano…

Suzanne me contemplaba, demudada. Luego, dirigió una ojeada trémula al féretro donde reposaban los restos de su madre. Tembló. La tomé por los hombros, con energía.

—Mamá… —la oí jadear—. Es extraño…

—¿Qué es lo extraño? —Quise saber.

—Todo esto… Yo no llegué a conocer a mi madre… Murió cuando yo tenía sólo unos meses… Nunca me dijeron cómo sucedió realmente…, pero algo me atraía hacia París, en su busca. Algo me dijo que esta noche… podía encontrarla en alguna parte, saber algo de ella…

—Entiendo. Sólo que no esperaba saber… lo que ha sabido.

—No, claro que no —se estremeció, convulsa—. ¡Es horrible! Ese hombre espantoso… Danviers… Era Du Marier, el esposo de mi madre… Él juró destruir su belleza para siempre. Y lo logró. Juró también destruir el fruto de su amor secreto con otro hombre…

—Y casi lo logra… ¿Él mismo le contó todo eso?

—Sí… —gimió—. Me habló de la vieja historia de una pensión… en esta calle… Él estaba aquí, esperando… Esperará por una eternidad. No tiene reposo. Está condenado. Y condena a los demás a su misma horrible suerte… Nadie dirá jamás una misa por el alma de Suzanne Du Marier… Así lo dispuso él en su mundo de oscuridad, más allá de la tumba…

—Suzanne, muchacha… —murmuré con voz ronca—. Se le dirá esa misa. Mañana mismo. En cualquier iglesia de París. Yo me ocuparé de eso… Y Suzanne Du Marier… reposará eternamente en paz, lejos de la influencia de los no-muertos, de los siervos de Satanás… Vamos, muchacha… Vámonos de aquí… Ya va siendo

hora…

—Pero…, pero ésta es la calle…, la calle donde mamá…

—Lo sé. Sólo que…, ¿quién sabe cuál fue realmente esa calle? Ésta no existe sino en un mundo que no es el nuestro. Una vez cada año, mientras dure la condenación eterna de esos seres, surgirá donde nunca estuvo. Sólo eso, muchacha… La rué Morgue no existe, ahora lo entiendo. Morgue es sólo… depósito de cadáveres… Nada más. Vamos, Suzanne… Por cierto, ¿cuál es tu apellido?

—Suzanne… Suzanne Furneaux…

—S. F… —sonreí, sacudiendo la cabeza—. Dios mío, ¿qué es el tiempo? ¿Lo que he vivido aquella noche… sucedió hace veinte años… o está todavía por venir? ¿O acaso tu madre ha llevado a través del tiempo cosas que eran tuyas, para darme un oculto mensaje, para que te encontrase cuando la buscaba a ella…, porque ella y tú… sois un mismo rostro, una misma figura…? Eres idéntica a Suzanne Du Marier…

—¿Usted…, usted pudo, realmente… conocer a mamá, hace veinte años? Es usted joven…

—Sí, lo soy. Pero en la calle Morgue, no existe el tiempo, Suzanne… Vamos, algún día lo entenderás, posiblemente…

Salimos del negocio de Danviers, dejando allí los cuerpos en sus féretros, los fragmentos de su envoltura carnal dispersos… No había cruces en aquella funeraria. Nunca vi una sola. Eso debió hacerme sospechar.

Yo hice la única cruz que allí existió, antes de salir por la puerta, arrancando la campanilla de la fúnebre musiquilla… Tomé dos trozos de ataúd. Los crucé sobre uno solo de los féretros: el de Suzanne Du Marier.

Al marcharnos, tuve la impresión de que su pobre cuerpo consumido y corrupto, dejaba de despedir hedor… y algo intangible dulcificaba aquellos pobres restos suyos…

Salimos a la lluvia, a la calle fría y oscura. Caminamos hacia la farola de gas. Yo llevaba a la joven cogida por los hombros, protectoramente.

Sobrepasamos la farola de gas, caminando sobre el pavimento mojado, bajo la persistente llovizna que calaba hasta los huesos.

Vimos pronto el Sena ante nosotros. Y las luces de París. Giré la cabeza. Miré atrás.

Ya no estaba allí.

La calle Morgue… ya no existía.

Fue la última vez que la vi. Ya ni siquiera al cumplirse cada año, cuando he vuelto a París, he logrado dar con ella. Ni tampoco Suzanne Munro, mi esposa…

* * *

Sí. Vivimos en Londres. Tenemos dos hijos. Niño y niña. Ella se parece mucho a Suzanne Furneaux. A Suzanne Du Marier. Él, a mí.

A veces me pregunto si la dama de la capa roja, aquella primera noche, era Suzanne… madre o hija. Quizá nunca encuentre la respuesta. No he logrado penetrar jamás en la dimensión total del misterio de la rué Morgue.

He publicado algunos grabados con esa calle imaginaria, y han tenido éxito. Mi empresa grabadora de París, ha montado en Londres otra sucursal, y yo no soy solamente su mejor artista, sino el socio de su propietario, *monsieur* Lefevre. Así resultaron las cosas, gracias al cliente de la taberna de François que tanto fiaba en mi arte.

Sí. Aquella noche, la de mi última visita a la rué Morgue, todo cambió en mi vida. Todo.

Y creo que también en la muerte cambió algo para una persona. Porque la misa por Suzanne Du Marier se dijo en una iglesia. Luego, en otras. Y ahora creo saber por qué ya nunca reaparece en las sombras de la noche, junto al Sena, la calle fantasma.

Porque el endemoniado fracasó. No pudo nunca llevarse consigo a ninguna de las dos Suzannes. La una, porque sigue llena de vida, a mi lado.

La otra porque, al fin, habrá encontrado en lo eterno la auténtica paz que deseaba y merecía…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca,* Sexy *Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.